

Iglesia en Marcha



Año XVI, No 129, Marzo-Abril del 2006
Arzobispado de Santiago de Cuba

Ahora vayan
y anuncien

el SEÑOR ha RESUCITADO

Sumario

- 3. Nos amó hasta el extremo
- 4. Agradecimiento
- 7. Las Campanas de la Catedral
- 10. Entrevista
Sueños Sonoros
- 13. Pensamiento Social
Laicidad
- 16. Bienaventuranzas de los
NO violentos
- 17-20. Buena Nueva
- 21. Tu Animador
Es voz de Dios
- 22. El Octavo día
- 24. Para que nuestros pueblos en Él
tengan vida
- 27. Cine Club
- 28. Encuentro ...
El centro de la Espiritualidad
- 29. Para Crecer en Comunidad
La Iglesia que yo amo
- 30. Familia y Sociedad
Cuando decimos MATRIMONIO
- 32-35. La Iglesia es Noticia



**Señor Jesús,
bastaría
un paso
y el mundo
podría cambiar**

**Bastaría un paso
y podría volver la paz en la familia:
bastaría un paso
y el mendigo ya no estaría solo:
bastaría un paso
y el enfermo sentiría una mano
que le estrecha su mano.
... para que ambos se sanen.**

**Bastaría un paso
y los pobres podrían sentarse a la mesa
alejando la tristeza
de la mesa de los egoístas
que, solos, no pueden hacer fiesta.**

**Señor Jesús,
¡bastaría un paso!**

**Ayúdanos a darlo,
porque en el mundo se están agotando
todas las reservas de la alegría.**

Señor, ¡ayúdanos!

Mons. Angelo Comastri

Iglesia en Marcha Boletín Bimestral de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, miembro de la UCLAP-Cuba. **Dirección y Redacción:** Mons. Pedro Meurice, María A. Navarrete, María C. Campistrout, Mercedes Ferrera, María C. López. **Colaboraciones:** Juan M. Ravelo+, Alejandro Álvarez, Erick Felipe, Pedro I. González, P. Nelson Santana s.j. **Cascabel:** Caridad C. Gramatges **Fotografía:** Pedro P. Amador.
Suscripciones: Víctor A. Padrón Rodés, Arzobispado de Santiago de Cuba.
Diseño e Impresión: Medios de Comunicación Santiago. **Cierre de esta Edición 18 de abril del 2006.**
Los trabajos presentados en el Boletín no reflejan necesariamente el criterio del Consejo de Redacción.

Nos amó hasta el extremo

Jn 13,1

Sólo después de la Cruz, después del encuentro con Él la mañana del domingo, sólo después del caminar con sus discípulos hacia Emaús, después de haberle visto en medio de ellos RESUCITADO ... los discípulos pudieron comenzar a comprender aquel mandamiento suyo, el mandamiento nuevo que Jesús les había dado: **Aménse unos a otros como yo los he amado (Jn 13,34).**

Antes para ellos, igual que lo es muchas veces para nosotros, aquella frase no pasaba de ser una frase conmovedora como tantas otras... pero Jesús la llevó hasta el extremo: fue humillado, vendido, negado, escupido, crucificado por aquellos que le habían seguido y escuchado... fue abandonado por los discípulos que más quería, hasta aparentemente abandonado por el Padre. Asumía toda nuestra debilidad y flaqueza, moría... ante nuestros ojos parecía que todo había terminado y fracasado.

Pero sólo allí, sólo desde allí se manifestaba la inmensidad de Dios, la infinitud de su Amor. Es éste *el momento en que se quebró la frágil capa de humanidad, que Dios ha tomado, y comienza a desbordarse el Amor [Jn 19, 30] que renueva la humanidad. De la cruz nace la revolución del amor: la cruz no es la muerte de Dios, sino el nacimiento de su Amor en el mundo.*

Nuestro tiempo, nuestra historia de hoy, está llena de cruces, está llena de Cristos sufrientes que pasan ante nuestras puertas y ante nuestros ojos. Es Cristo quien clama en el rostro del enfermo, del preso, del mendigo, de los que escapan de su realidad. Cristo hoy es el rostro del drogadicto, de la jinetera, de las familias rotas, de los hombres olvidados y mentidos por las estructuras de poder. Cristo hoy son los hijos sin amor, los niños abortados, los ancianos solos, los hombres y mujeres sin trabajo... Cuántos rostros de Cristo, de Cristos que buscan y esperan que en nuestro rostro, en nuestras manos, en nuestros labios, esté ese rostro escondido del Amor de Dios. ¿Lo sabemos?

Con la certeza de haber experimentado su Amor salgamos a comunicarlo al mundo que espera, necesita que *nuestra alegría, contage; que nuestra vida, comunique a la VIDA; que nuestro amor, cierre las heridas y construya puentes hacia el corazón de nuestros hermanos y hasta allí llegue Jesús, el AMOR.*

¡Cristo nos espera...! Su amor nos urge a ser testigos de la Vida y la Alegría de la Pascua.



AGRADECIMIENTO

Hay veces que uno quiere agradecer un gesto, a una persona, a muchas personas y no sabe cómo hacerlo. En esa situación me encuentro yo que no sé cómo agradecerle a los padres salesianos, en especial al P. Luigi Zuffetti sdb por el gesto realmente caritativo y extraordinario que ha tenido con la Arquidiócesis, con la Catedral de Santiago de Cuba y el Santuario Nacional de Nuestra Señora de la Caridad, al donar dos carillones de seis campanas cada uno para estas Basílicas.

La historia, esta historia de las campanas comenzó así. De todos es sabido que las viejas campanas de la Catedral (cuatro de las seis que allí estaban instaladas) estaban rajadas, lo mismo que las del Santuario de Nuestra Señora de la Caridad. Era un deseo nuestro el dotarlas de nuevas campanas,



así siguiendo un anuncio que leí en una revista 30 Días, sin saber cómo podrían pagarse, pedía al P. Ramón García sdb que me hiciera las averiguaciones pertinentes. Pero el tiempo pasaba y no había ninguna respuesta concreta.

Meses después llegó un día de visita el P. Ramón con el P. Luigi Zuffetti sdb, quien es responsable de las misiones salesianas. Yo tenía sobre la mesita de mi sala de recibo la revista 30 Días, sin ninguna doble intención, y así conversando le pregunté al P. Ramón cómo andaban las averiguaciones sobre las campanas. Inmediatamente el P. Zuffetti intervino... ¿Campanas? ¿Qué campanas? Yo le respondí que hablábamos de las campanas de las iglesias, de las que llaman a los fieles para la celebración. A lo que él con toda seguridad respondió, *el hombre a quien buscan soy yo*. Seguimos conversando, y aquella afirmación no me parecía muy seria. Al despedirnos pregunté al P. Ramón que si aquello de las campanas era cierto. Entonces el P. Luigi Zuffetti sdb me explicó que cada año ellos enviaban de regalo para África decenas de campanas, y que llegando a Italia enviaría toda la información necesaria para hacer realidad ese proyecto.

Dos días más tarde, con la rapidez y cercanía que permite hoy el correo electrónico, recibí las primeras informaciones, pidiendo más detalles de lo que era nuestro sueño: dos carillones de campanas uno para la Catedral de Santiago de Cuba y otro para el Santuario

de El Cobre. A vuelta de correo unas dos semanas después recibíamos un sobre con datos de dos fundiciones diferentes que podrían correr con el proyecto de las doce campanas. De las enviadas escogimos las Fundiciones Capanni, de Castelnuovo ne-Monti, y así se lo hicimos saber.

Inmediatamente se puso en contacto con nosotros el Dr. Ing. Enrico Capanni, quien pocos días después estaba en nuestra ciudad visitando, midiendo y revisando ambas torres, viendo las condiciones constructivas de las mismas para soportar los soñados nuevos carillones. Aprovechó y visitó todas las torres y campanarios de la ciudad. Llegado a Italia nos presentó con la misma rapidez su proyecto, al que sólo debíamos añadir las imágenes y nombres del Santo, escudos (estas llevan el escudo de S.S. Juan Pablo II, el escudo del Arzobispo de Santiago de Cuba y el de la familia salesiana) y frases bíblicas que según antigua tradición llevan inscritas las campanas. Con el Sr. Antonio López de Queralta, director del Museo Arquidiocesano, en rápido trabajo fueron escogidos y enviados a Turín, lugar donde se materializó en bronce fundido ambos juegos de campanas.

Los carillones, con un valor aproximado de noventa mil euros el de la Catedral y de setenta mil euros el del Santuario de Nuestra Señora de la Caridad, fueron enviados a Cuba a través de la Santa Sede como regalo del Papa para la iglesia de nuestra arquidiócesis. Así llegaron en barco hasta La Habana y el contenedor fue trasladado hasta El Cobre. Primeramente se hicieron los trabajos de montaje y de instalación del carrillón del Santuario, que quedó inaugurado el 8 de septiembre del pasado año. El de la Catedral se montó e instaló entre



enero y febrero del presente año, será inaugurado de manera oficial el mes próximo; hubiéramos querido y deseado que el P. Luigi Zuffetti sdb estuviera con nosotros o el Provincial de los Salesianos, pero esto ha sido imposible por sus múltiples ocupaciones y responsabilidades.

Que nuestro agradecimiento por este regalo sea oración por las misiones de la Iglesia, especialmente por las misiones salesianas, oraciones que mucho necesita toda la iglesia.

Que para mayor Gloria de Dios y alabanza a Nuestra Señora de la Caridad sea el sonido de estas campanas.

A handwritten signature in black ink, reading "Pedro Meurice Estú". The signature is written in a cursive style and is positioned above a horizontal line that underlines the name.

Mons. Pedro Meurice Estú
Arzobispo de Santiago de Cuba

Según antigua costumbre de la Iglesia Católica Romana a las campanas se les da un nombre y así las nuevas campanas de la Catedral se nombran:



1. **Nuestra Señora de la Asunción**, en honor a la Patrona de la Catedral.

2. **Santiago Apóstol**, en honor al Patrono de la Ciudad y de la Arquidiócesis.

3. **San José**, en honor al Patrono de la Iglesia Universal.

4. **Santa Rosa de Lima**, en honor a la patrona de América Latina.

5. **San Antonio María Claret**, en honor al santo Arzobispo.

6. **San Juan Bosco**, en honor del santo fundador de la familia salesiana.



LAS CAMPANAS DE LA CATEDRAL

El sonoro repicar de sus campanas es algo peculiar de esta ciudad. Desde las altas torres de sus viejas iglesias se expande en el ambiente luminoso que la circunda vibrante y secular sonido, que a veces bullicioso y alegre expresa animación y júbilo y en otras ocasiones acompasado y lúgubre es quejumbre de tristeza o manifestación.

El alma de la ciudad vibra en sus campanas. Ellas ríen o lloran, cantan o suspiran. Como las alondras saludan los amaneceres con entonación de jubilosa esperanza o como ciertas flores se entristecen en la doliente de los crepúsculos.

El "Ave María" que surge al inicial aparecer del día y el "Angelus" triste que produce su ensombrecido declinar no son sino oraciones elevadas a lo alto por la armónica conjunción de muchas almas a las que estrecharon las tradiciones, los sentimientos, las creencias y los afectos. El previsor aviso matinal a misa, el repique festivo de los medios días, la grave llamada a coro de las tres de la tarde y el lento y doliente doble de ánimas, tañido en la solemnidad de la noche como piadosa plegaria en recuerdo de los que se fueron para no volver jamás, son expresiones varias de esa misma alma colectiva en constante e íntima relación con las distintas mutaciones de la vida.

El sonido de sus campanas tiene para la ciudad el poder sugestivo de la tradición y el recuerdo. Ellas evocan el pasado, alegre unas veces y triste otras, pero siempre amablemente evocado al mostrarse a la contemplación del espíritu envuelto como en gasas celestes y flotantes, poetizado y engrandecido por los niveles cendales del tiempo y la distancia.

Esas campanas fueron hechas aquí, en la gran fábrica de tejas y ladrillos y fundición, situada en donde hoy se encuentra la iglesia y el antiguo

convento de San Francisco, edificados a expensas del vecindario y a mediados del siglo XVIII, obra dirigida por Maese Toledano. Las pocas importadas de Europa no sirvieron mucho tiempo, mientras que las hechas aquí, de cuatro siglos a la fecha, se han conservado con excepción de unas pocas, como lo atestiguan las inscripciones de alto relieve en latín y castellano de las familias que las costeaban y que la mayor parte de ellas ostentan orgullosamente.

De todas nuestras campanas aparecen revestidas de mayor autoridad las de la Catedral. Situadas en la más elevada de las colinas, y en la más alta de las torres, de máxima jerarquía episcopal, dominadoras del espacio, enfrentadas al infinito al que parecen desafiar, cargadas de años y de historia, vibran con el poder de preferencia de las cosas terrestres de abolengo y con la majestad augusta de las evocaciones del pasado. Ellas no pueden olvidar que erigida esta diócesis en Metropolitana Archiepiscopal (1788) fue algún tiempo de las más extensa de la América española, dominadora de la isla y extendida a Lousiana y la Florida y por lo tanto sus voces tenían prolongado y amplio dominio espiritual.

Ese bronce de gloriosa tradición que hace vibrar el aire, es el mismo que en su altura dominadora fue colocado en 1528 por el obispo Ramírez de Salamanca en el primer edificio catedralicio que quemaron setenta y cinco años después los corsarios franceses y el que descendió más tarde en 1666, y por segunda vez un siglo después, en 1766, al desplomarse dos veces las torres sacudidas por sendos terremotos y el que desde abril de 1818, en ésta la cuarta catedral, habla a los habitantes de la vieja ciudad de Velázquez, en su fuerte lenguaje metálico a tono con el carácter de su fundador y de sus habitantes, hechos a todas las pruebas del infortu-

nio y de los desastres expresados en invasiones, terremotos, guerras y epidemias.

Ese bronce vibrante es el mismo que procedente de las viejas campanas rajadas a fuerza de repicar y de tañer, de reír y de llorar y de los percanes que experimentaron a causa de incendios y derrumbes, fue fundido de nuevo, por acuerdo del Ilustre Cabildo, en el año 1881.

Con el metal de las tres campanas rajadas enviadas a Barcelona, el fundidor de aquella ciudad D. Buanaventura Pallás confeccionó otras, las actuales, es decir les dió nueva forma ya que la materia integrante de éstas era exactamente la misma de las antiguas.

La transformación operada en las campanas motivó, a poco de haber llegado, su solemne consagración en una lucida y brillante fiesta celebrada el día 7 de julio del año 1881.

La consagración se hizo con toda la pompa del ceremonial de los obispos y tuvo lugar en el atrio de la Catedral, y en su parte más amplia y preferencial situada al frente del edificio.

El lugar lucía bellamente decorado y alfombrado.

Amplios sillones colocados en redor fueron dispuestos para dar asiento a las autoridades principales y a los más distinguidos concurrentes, previa y selectamente invitados al efecto.

La concurrencia de fieles y curiosos era numerosa.

Las tres campanas objeto de la consagración ocupaban lugar de destacada preferencia. Sostenidas por sendos trípodes de madera recia fueron colocadas frente a la gran puerta mayor de la Basílica y lucían vistosamente engalanadas con banderas nacionales.

Actuaba el Exmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo José Martín de Herrera y estaban presentes el Exmo. Sr. Teniente Gral. D. Camilo Pool Vieja y del Castillo, Gobernador Civil y Comandante General de la Provincia, designado padrino de las campanas y la Ilma. Sra. Dña. Irene Eulate de Pérez Vega, madrina del acto y esposa del Coronel de Infan-



teria Sr. D. José Pérez Vega, comandante militar de la plaza y Alcalde corregidor y presidente del Muy Ilustre Ayuntamiento de la Ciudad.

El Cabildo Metropolitano estaba representado por su deán Don Francisco de P. Espinosa de los Monteros, chantre Dr. D. Francisco Soto Manceira, tesorero Dr. D. José Vicente Picon, canónigo doctoral Lic. D. Mariano de Juan y Gutiérrez, canónigo penitenciario Dr. D. Serafín Ichazo de Zaldueño y canónigos racioneros y medioracioneros, actuando de diácono el Lic. Lázaro Santos y de subdiácono D. Francisco Salvador Marful y Rico.

A la campana mayor, de veinticinco quintales de peso, se le puso por nombre MARÍA DE LA ASUNCIÓN, en honor a la patrona de la Iglesia; a la destinada para campana segunda el de JO-

SEFA, en honor del Santo de este nombre; y a la tercera, MARÍA DE LA CARIDAD, en honor de la Virgen así nombrada y por estar destinada a su Santuario del Cobre.

Las ceremonias pontificales, hechas a todo ritual, fueron complicadas y de larga duración. Al terminar y durante el desfile los padrinos arrojaron al pueblo monedas de oro y de plata conforme a la vieja costumbre de así hacerlo en los bautizos.

Desmontadas de sus trípodes más tarde las campanas fueron conducidas a su lugar de destino.

La conducción de las dos de la Catedral fue contratada en la cantidad de 600 pesos y llevada a cabo felizmente por D. Gabriel Gramatges.

Las campanas rindieron sus esperados servicios y el público escuchaba complacido sus sonos hasta que unos meses más tarde sufrieron un serio y lamentable quebranto: se hendieron.

¿Cómo así? ¿Acaso una mala fundición? ¿Habían sido tocadas con demasiada proverbial violencia por manos inexpertas?

La causa no fue otra que la disposición del Muy Ilustre Cabildo que mandó sustituir los badajos que trajeron de la fundición barcelonesa por otros de mayor volumen y peso, sin duda para que produjeran mayor o más intenso sonido.

El daño fue prontamente reparado por la pericia del maestro herrero y mecánico D. Marcelino Aragón quien además sustituyó los badajos por los remitidos de fábrica y los aseguró para que sólo percutieran en la parte no reparada, mejorando así el sonido notablemente.

Desde entonces esas campanas han traducido en toda su múltiple variedad, con sus lenguas de bronce, los grandes sucesos acaecidos en esta ciudad.

A poco de inauguradas sonaron jubilosamente en las largas y minuciosas fiestas de la consagración de la Catedral, doblaron por la muerte del Conde de Balmaceda, cruel y funesto gobernador de nefanda recordación; lloraron en las honras

fúnebres del rey Alfonso XII; y después, se sumaron al regocijo público o se lamentaron con las desgracias a través de los años.

Contextes a las mutaciones de la vida anunciaban alegres las procesiones, los "te deums" y las festividades, y se entristecían al paso de las fúnebres comitivas que conducían al cementerio a gobernantes, generales, jefes y altos dignatarios de la colonia, canónigos y arzobispos, elevados personajes o vecinos de distinción, después lloraron al paso de la comitiva en los entierros del presidente Estrada Palma, de connotados libertadores y notables ciudadanos. Sonaron regocijadas, a la entrada, después de guerra, del General Calixto García y del generalísimo Máximo Gómez y movidas por manos estudiantiles al caer la tiranía machadista.

Se suman ahora a la alegría popular en las fechas patrióticas y a la típica de la bandera en el inicio de cada año nuevo.

Y así seguirán, probablemente, a través del tiempo por venir, salvo nuevas acciones de corsarios y terremotos, cumpliendo su misión de siglos y el encargo de expresar, con sus voces sonoras de metal y desde la altura en que se encuentran, los vaivenes de la vida de una sociedad, pero indefectiblemente, eternamente, bajo los brazos amorosos de la simbólica cruz del cristianismo con que rematan en su cúspide, como abiertos al infinito, las torres en que se asilan.

* Tomado de *Páginas de Ayer*
Narraciones de Santiago de Cuba
Págs. 18-25, Juan María Ravelo Fiol, Editorial
El Arte, Manzanillo, Cuba, 1943.

SUENOS SONOROS

Dicen que desde hace mucho, tanto que casi nadie recuerda, llaman a los fieles al encuentro del Señor en las celebraciones litúrgicas. Dicen también que son muchos los que han exaltado su sonora presencia ya sea en lejanos parajes o en enormes ciudades. Afirman, que si se pone atención, puedes oírlas reír, alabar, o llorar, según el corazón de quien las eche a volar.

*Todo esto y más se dice de las campanas, pero por ahora, dejemos a un lado antiguos "decires" para compartir con alguien que, de unos meses acá, habla y sueña casi exclusivamente con ellas: **José Couso Seoane**, ese que todos conocemos, queremos y llamamos simplemente **Pepín** ...*

IM: *¿Cómo fue que comenzaste el trabajo para la instalación de las campanas?*

Pepín: Después de haberse recibido el contenedor con los dos juegos de campanas, el Arzobispo me pide que me ocupe del trabajo de montaje e instalación de las mismas, sugiriendo que comenzara por las del Santuario del Cobre.

IM: *Y eso hizo, pero el asunto comenzó antes, justo cuando de visita por esta ciudad, el superior? de los P. Salesianos se ofrecía para hacer todas las gestiones en Italia y conseguir que fueran fundidas, preparadas, embaladas y transportadas aquí, dos juegos de campanas, con todos sus aditamentos, y todo como un obsequio a esta Arquidiócesis.*

Brevemente, podías explicarnos ¿cómo fue el proceso de instalación?

Pepín: En el Santuario de El Cobre, se comenzó por instalar un andamio sobre la azotea, hasta el nivel del local donde estaban situadas las campanas viejas y dos plumas de carga, una en el piso superior a este nivel y la otra sobre la baranda de la azotea. Se hizo un abertura en la pared lateral del campanario para bajar las campanas viejas y darle paso a las nuevas.

Con las plumas de carga se elevó el resto de los componentes. (Chasis de acero, motores, pizarra eléctrica, etc...)

Una vez armado el chasis en el interior del local, se colocaron las campanas cada una en su sitio siguiendo una secuencia de montaje previamente determinada. Posteriormente se colocaron los motores eléctricos y demás mecanismos, así como la pizarra eléctrica y el panel de mando. Finalmente se realizó el cableado de todo el sistema y las conexiones de los elementos eléctricos.



En la Catedral de Santiago de Cuba también se comienza por el montaje del andamio sobre el atrio, hasta la abertura lateral de la torre que se encuentra un piso por debajo del nivel del campanario. Aquí no era posible hacer aberturas en la pared a nivel del campanario por las características de la construcción.

Las campanas viejas se desmontaron y se bajaron hasta el piso intermedio con elementos manuales de izaje. Con ayuda de una grúa situada en la calle se descendieron desde ese piso las campanas viejas y se elevaron, también hasta ese nivel, las nuevas. Utilizando el andamio se elevaron los restantes componentes hasta ese mismo nivel.

IM: *Entonces, el proceso fue similar en los dos casos ...*

Pepín: No exactamente, en la Catedral hubo que fundir una nueva placa en el piso del campanario con acero y hormigón, y después se armó el chasis sobre el que están colocadas las campanas. Luego se elevaron las campanas desde el piso intermedio hasta el nivel del campanario por medio de los mismos elementos manuales de izaje utilizados para descender las campanas viejas y cada una fue colocada en su sitio siguiendo una secuencia de montaje también previamente determinada.

Terminada esta etapa se colocaron los motores eléctricos y demás mecanismos, así como la pizarra eléctrica y el panel de mando. Y el final fue como en el Santuario.

IM: *Por lo que dices, fueron varias las especialidades que tuvieron que ver con la obra ¿qué otros elementos se conjugaron para el montaje y la ejecución?*

Pepín: Así es, se necesitaron recursos de albañilería, en cuanto a materiales y hom-



bres. Además, fue necesario contratar una grúa para el trabajo de izaje en ambos lugares. Se necesitó la mano de obra de un carpintero para la construcción de plataformas y soportes de madera. También se contrató un electricista para realizar el tendido de las líneas eléctricas de alimentación y control.

IM: *Atrás ha quedado aquella imagen que no pocos recuerdan de una soga de la que pendía con gracia especial un pequeño y casi redondo fraile, unas tirando de ésta y otras dejándose tirar. Ahora la técnica da nuevas posibilidades. ¿Cómo funcionan las campanas?*

Pepín: Al oír hablar de campanas *eléctricas* algunas personas han creído que se trata de campanas *electrónicas* compuestas por un amplificador de audio y grandes bocinas. Nada más lejos de la realidad. Son campanas fundidas en bronce, como las que todos conocemos, pero con la variante de que son accionadas por motores eléctricos que, moviendo un martillo especial, golpean las campanas por el exterior de las mismas cada vez que el mando central envía una orden de accionamiento a cada motor.

Cada campana tiene un motor con su correspondiente martillo. La campana mayor tiene también un segundo motor para realizar vol-

teo de la campana y hacer que el badajo golpee contra el interior de la campana, produciendo un sonido más intenso. Todo el sistema se controla mediante un panel de mando computarizado que tiene grabado diversos programas de sonidos y al cual se le pueden añadir más sonidos mediante nuevos programas que se le pueden introducir.

IM: *Ahora que ya ha concluido la obra, ¿cuál fue para ti el mayor reto que hubo que enfrentar y por qué?*

Pepín: Hubo varios "retos". Comprobar que el diámetro de la campana mayor de la Catedral era superior a la abertura por donde debía entrar a la torre dio motivo a tener que romper las paredes a ambos lados de esa entrada para que la campana pudiese pasar.

Descubrir que el agujero octogonal en el piso del campanario no era uniforme y que uno de los cuatro diámetros era menor que el de la campana mayor también fue causa de tener que romper esas paredes que conforman el octógono para que la campana pasara.

Pero creo que el mayor de todos fue tener que fundir una placa de hormigón armado



en el piso del campanario después de haber comenzado los trabajos. Esto provocó un mes de retraso en la ejecución.

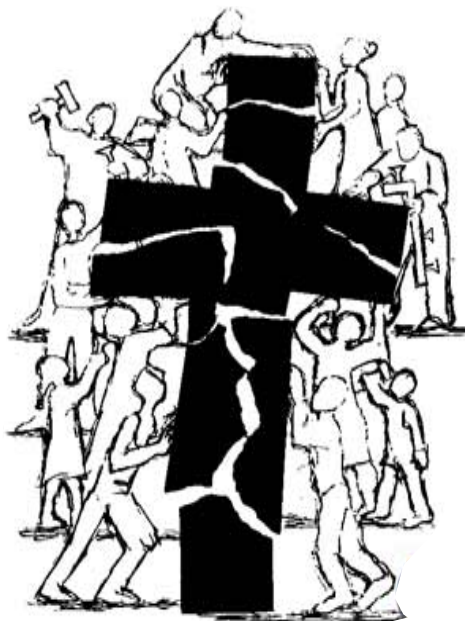
IM: *Si de paso por el centro de la ciudad o durante una visita a nuestra Madre en su Santuario usted escucha el sonido de estas campanas ahora ya situadas en la Catedral de Santiago de Cuba o en el Cobre y recuerde lo que ha leído aquí, entonces, si puede, deténgase y regálese unos instantes para dar Gracias a Dios por el esfuerzo, el trabajo y hasta los sobresaltos de hombres como Pepín, Miguelito, Asterio y Leo, entre otros muchos de aquí, y de todos aquellos que desde el financiamiento hasta el diseño, la fundición y el embalaje en Italia, hicieron posible darle forma y sonido a un sueño para algunos, muy esperado.*

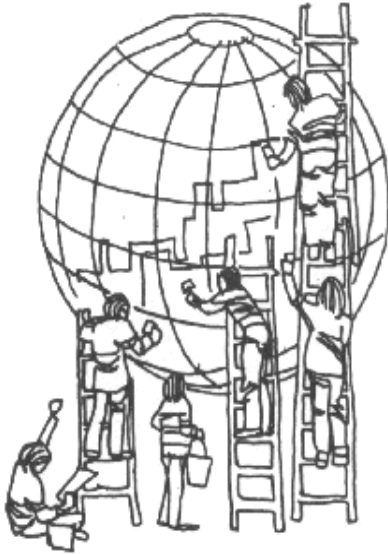
Laicidad

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo.
Gaudium et Spes 1

Esta cita del Concilio con la que encabezo el artículo resulta para mí siempre nueva e impactante, siento que en ella vibra la misma novedad secular del Evangelio que tan bien resume Pablo en su Carta a los Romanos: *ser cristiano es, simplemente, tener en cuenta a los demás*. Por eso me llega tan profundo y me hace cuestionar la vida misma. Y es esto precisamente lo que me impide mirar con indiferencia el mundo que me rodea, porque ignorar a los demás en sus sueños o pesares NO es cristiano. Para ser discípulo es preciso encarnarse, y sólo es posible tomar *carne* del medio donde se vive y *a como la gente vive*, cueste lo que cueste y duélale a quien le duela. *El que quiera ser mi discípulo que tome su cruz y me siga*, nos dijo Jesús (Lc 9, 23), y la tomamos —renunciando a todo lo que se oponga a nuestra encarnación y aún a pesar de nosotros mismos— o el cristianismo que profesamos es sólo de nombre, de tapete, de pura farsa y conveniencia. Reflexionando sobre esto, vino a mi mente el tema tan manido del laicismo que penetra las estructuras, a veces, hasta de la misma Iglesia de Jesucristo. Como si el ser cristiano limitara nuestros derechos ciudadanos o el ejercicio de nuestros deberes cívicos atentara contra el cumplimiento del mandato evangélico de anunciar la Buena Nueva (Mc 16, 15). Porque si algo es cierto, es que no nos podemos quedar mirando al cielo como los amigos galileos después de la Ascensión (He 1, 11).

Es por ello que los cristianos no creemos sólo en una religión de desenlace feliz, sino en un **evangelio que se hace vida** ya en este mundo. Por cambiar este mundo murió Jesús, y le recordamos constante en su sueño y en su entrega por lo que anunciaba y vivía, tomando partido a favor de los pobres y marginados, pues eran los que más sufrían. A cambiar este mundo envía Jesús a sus discípulos. El proyecto de Jesús sigue siendo el proyecto de su Iglesia: la transformación de este mundo de *via crucis* en *via lucis*: de salvaje y despiadado, en un mundo justiciero, fraterno y solidario.





Cierto que el sentido social de la vida cristiana parece en ocasiones como perdido, aunque hace ya cuarenta años el Concilio Vaticano II advirtió de la gravedad del problema con estas palabras: "El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los graves errores de nuestra época... No se creen, por consiguiente, oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa por otra" (GS 43). ¿Por qué esa falta de interés, o quizá miedo, —me pregunto— de afrontar la dimensión sociopolítica ineludible de la fe? La respuesta es compleja y yo ando en su busca.

Como bien nos recordó Juan Pablo II en *Christifideles Laici*, "nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. *A nadie le es lícito permanecer ocioso.* (...) Es necesario entonces mirar cara a cara este mundo nuestro

con sus valores y problemas, sus inquietudes y esperanzas, sus conquistas y derrotas: un mundo cuyas situaciones económicas, sociales, políticas y culturales presentan problemas y dificultades más graves respecto a aquel que describía el concilio en la Constitución *Gaudium et Spes*. De todas formas, es *ésta* la viña, es *éste* el campo que los fieles laicos están llamados a vivir en su misión. Jesús les quiere, como a todos sus discípulos, sal de la tierra y luz del mundo. Pero ¿cuál es el *rostro actual de la tierra y del mundo* en los que los ciudadanos han de ser *sal y luz*? (ChL 3).

Buscar ese rostro en medio de nuestro pueblo es nuestra tarea, nuestro compromiso ineludible, **derecho y deber** en el ejercicio de mis libertades públicas. Y es aquí donde entronca el problema de la *laicidad*, que es la condición del Estado laico y que no es lo mismo que el *laicismo* —caricatura de la verdadera laicidad—. Lejos estamos hoy de los tiempos de Luis XIV, el "Rey Sol" absolutista, y sus frases famosas: "L'Etat, c'est moi" (El Estado soy yo), o bien: "Un roi, une loi, une foi" (Un rey, una ley, una fe); el siglo XXI reclama libertades y facultad de ejercerlas. La laicidad es un elemento esencial de las democracias instituidas y resulta fácil establecer la conexión entre el contenido de las palabras "Laicidad" y "Democracia" cuando ésta se entiende como forma de vida. En otras palabras el orden democrático supone el reconocimiento de los derechos y libertades individuales y la acción para hacerlos efectivos en la vida social con exigencias de igualdad. La esencia de la democracia radica en la libertad de expresión y de pensamiento.

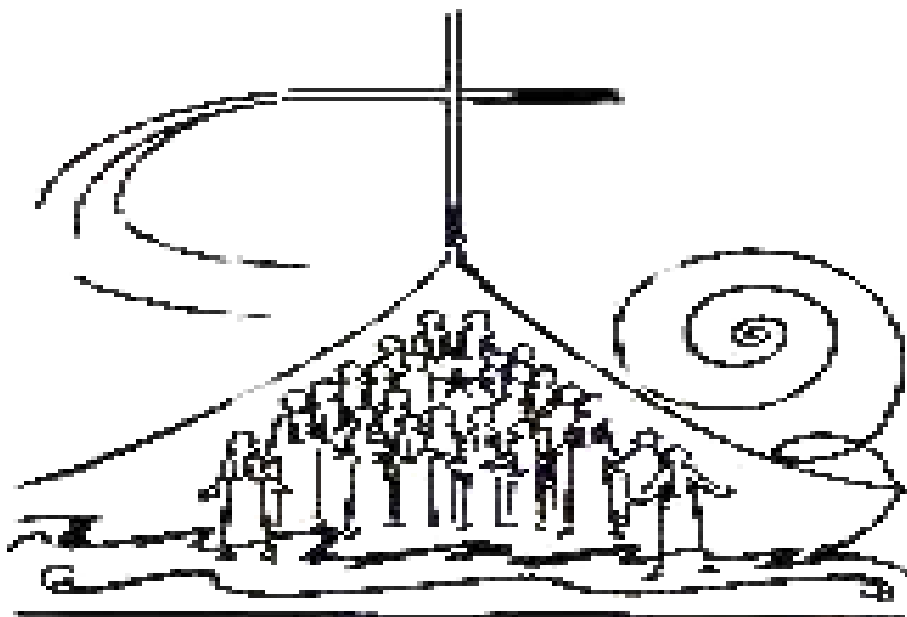
Pero, ¿qué debe entenderse por laicidad? Mutuo respeto entre Iglesia y Estado fundamentado en la autonomía de cada parte. El

Estado laico, en el que impera la laicidad, no valora a un ciudadano por sus ideas o creencias, porque respeta su libertad para profesarlas y expresarlas. La laicidad no es el laicismo que niega el hecho religioso o lo reduce a la vida privada; que destierra a Dios de la sociedad o pervierte el impulso liberador de la laicidad. La laicidad descansa en dos principios esenciales: libertad radical de conciencia e igualdad plena desde todos los puntos de vista.

El respeto hace a la laicidad, a diferencia de la idea de tolerancia que parece insinuar soportar como un favor las ideas contrarias a las propias. Del diccionario se pueden extraer importantes diferencias pues mientras que tolerar es sufrir, llevar con paciencia, soportar, aguantar, la palabra respeto implica "tener miramiento", es decir conlleva una acción de observar, considerar; que significa pensar, meditar, reflexionar algo con atención y cuidado.

La laicidad no es generosidad sino impulso de justicia que emana de la igualdad de todos los seres humanos. Quien considera sus ideas superiores a las del otro tiende a imponerlas; quien acepta permisivamente sin análisis, al aceptar las ideas del otro enajena su pensamiento; quien se siente igual a la otra persona respeta sus ideas. Laicidad es respeto. La laicidad no condena lo que el otro dice ni lo que el otro piensa.

Apostar por la fe y por una sociedad laica no es una contradicción porque la laicidad no es una oposición a nada sino una garantía de la neutralidad del Estado. En una sociedad pluralista el Estado laico hace posible la diversidad sin favoritismos ni exclusiones. Los cristianos, atentos al tiempo que nos ha tocado vivir y sus signos, debemos ser creativos y artífices del momento histórico con fidelidad al Evangelio y sin caer en el sectarismo eclesialístico ni en una concepción mítica del mundo. Ya nos decía el Concilio: "Con todo,



siempre tiene la Iglesia derecho a predicar la fe con verdadera libertad, enseñar su doctrina social, ejercer su misión sin obstáculos y pronunciar su juicio moral, también en lo relativo al orden político, cuando así lo requieran los derechos fundamentales de la persona humana y la salvación de las almas" (*Gaudium et spes* 76).

Cuando estrenábamos el nuevo milenio, los obispos cubanos decían en su Mensaje: "Ayudar a crear ese clima de nuevos valores, de una espiritualidad profunda y de compromiso social, no está en contradicción ni con la misión de la Iglesia ni con el carácter laico del Estado si no que, más bien, está en coherencia con la *búsqueda del Reino de Dios y su justicia* (Mateo 6,33) con lo que se irá configurando una nueva sociedad" (*Un cielo nuevo y una tierra nueva* 58). Vale decir que no se puede construir el Reino en abstracto ni ser cristiano de nubes: hay que aterrizar y encarnarse en la realidad social.

El nuevo Plan Global de Pastoral nos insta a "potenciar la misión y el discipulado", y para ser discípulos de Jesús hay que seguirle. "Seguirle es vivir como Él vivió, aceptar su mensaje, asumir sus criterios, abrazar su suerte, participar su propósito que es el plan del Padre: invitar a todos a la comunión trinitaria y a la comunión con los hermanos en una sociedad justa y solidaria" (*Ecclesia in America* 68). Para ser misioneros no podemos caminar un Camino que no sea el suyo de Verdad y Vida.

En nuestro caminar, en el hoy de nuestro hacer y nuestra Patria, nos acompaña el Señor Resucitado. Entonces, ¿por qué tener miedo? A nada temo, dentro ni fuera, que marejadas hay de todas partes y es preciso *remar mar adentro*, pues *Cristo y yo* hacemos una *mayoría aplastante*.

bienaventurados los NO Violentos



Bienaventurados los no-violentos
que no buscan el poder y
saben que a sus cuerpos les
crecen manos para dar
y no puños para golpear.
Bienaventurados los no-violentos
que ya no se adaptan a las
exigencias de los tecnócratas
ni a las normas de una sociedad
de consumo enloquecida.
Bienaventurados los no-violentos
que no se dejan amilantar
por el abuso de poder de los fuertes.
Bienaventurados los no-violentos
que siempre están del lado de los
más débiles dondequiera que los
hombres son víctimas de los hombres,
y no se cansan de responder por
los derechos de los oprimidos.
Bienaventurados los no-violentos
que tuercen la espiral de la violencia
en el mundo en una espiral de
amistad y amor. Son como la corriente
en el lecho de un río que pule los
cantos hasta que siguen la corriente.
Y con suave violencia conquista
el corazón del hombre.

Phil Bosmans



Tercer Aniversario Llevando el Mensaje de Dios a la Juventud Cubana

“Presencia de ánimo y valor en la adversidad, valen para conquistar el éxito más que un ejercito”.

John Dryden

El rincón de nuestro grupo de redacción.

Hola muchachos ya tenemos tres años, tres años tratando de llevar a los jóvenes la Buena Nueva de Dios. Todo este tiempo hemos tratado de llegar a ustedes con material formativo, educativo y de entretenimiento. Luego de estos años de arduo e intenso trabajo, para gloria de Dios, esperamos que estas pequeñas hojas, pero cargadas de amor, les hayan servido para aclarar sus dudas, inquietudes; les hayan ayudado a formarse y por supuesto, hayan encontrado un espacio con el cual se identifiquen. Esperamos poder haberles ayudado, esa es nuestra principal misión, que nuestros jóvenes sepan siempre la verdad, encuentren la verdadera libertad y se mantengan siempre como buenos cristianos, por el buen camino que Dios nos ha preparado. Contamos con ustedes, pues si no es por ustedes, hoy no estaríamos cumpliendo años, ustedes son el hermoso y divino tesoro y la esperanza de nuestra patria, con ustedes cuenta Dios y nuestra Iglesia, ustedes son el futuro. Sabemos que por ustedes nació nuestra publicación, estamos hoy aquí, y estaremos cumpliendo muchos años más por y para los jóvenes.

Es el momento de agradecer a todas aquellas personas, algunas todavía están con nosotros, otras lamentablemente por diversas razones ya no están aquí, aunque la tenemos en nuestros corazones; agradecer a todos los que han ayudado en esta obra difícil pero hermosa. A todos los que nos han apoyado, y sin los cuales no hubiésemos llegado hasta acá, muchas gracias. Y a los escépticos que en un principio no creyeron en nosotros, pues gracias también, pues fueron fuente de inspiración para nosotros, al vernos comprometidos a demostrarles que los jóvenes sí podemos hacer cuando nos lo proponemos. Gracias a Dios, por permitirnos ser misioneros de su Buena Nueva y hacernos partícipes, humildemente desde nuestras pequeñas páginas, de su obra evangelizadora para bien de nuestra diócesis y nuestros jóvenes. Que la gracia de Dios nos bendiga a todos y nos de fuerza para llevar adelante esta hermosa labor cargada de amor, y como la parábola del sembrador, estamos seguros que, con la ayuda de Dios y su Iglesia, nuestra siembra dará frutos.

Antes de terminar, agradecemos a las comunidades que hemos visitado su calurosa acogida al equipo de redacción, esperamos que estas visitas hayan sido provechosas. Les recordamos que el concurso ya cierra este 30 de abril y dicho sea de paso este mismo día estaremos celebrando en nuestra hermana comunidad de Santa Lucía una misa de Acción de Gracias por nuestro aniversario. De más está decir que quedan todos invitados, será a las 10 AM, no faltes. En otro orden les anunciamos que el 6 de mayo estaremos celebrando la Pascua Juvenil con el tema “Por el Camino de Emaús”. Les recordamos que el 28 de mayo, en la iglesia de la Sagrada Familia en Vista Alegre, nos veremos para celebrar en grande nuestro aniversario, y por supuesto dar los premios del concurso. Y para terminar sabes que puedes escribirnos a: Carnicería # 703 e/ Santa Lucía y Rey Pelayo, Stgo. de Cuba o si lo prefieres puedes enviar tus cartas con tus animadores o personalmente, también puedes contactar con nosotros por correo electrónico a nuestra dirección que es: arzstgo@cooc.co.cu y **poner en el asunto para Medios de Comunicacion Santiago (Buena Nueva)**. Esperamos tus cartas. Y ya la página no da para más...

CHAOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO



La libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en hacer lo que se debe.

Onda Juvenil

Libertad... ¿para todo?

Hace unos días estuve de visita en una comunidad donde me invitaron a participar en el encuentro del grupo de jóvenes, para sorpresa mía el tema fue la libertad. Quizás para muchos de los participantes era tal vez la primera ocasión en la que oían seriamente hablar de ella. Así como el tema me parece muy bueno y con mucha tela para cortar he querido aprovechar para hablar un poquito de este tema a veces confuso y polémico. La libertad nos permite amar y odiar, ayudar y escapar, dar a los demás o acumular para uno mismo.

Somos libres para ser fieles o para traicionar a quien nos quiere de veras. Para obedecer a los padres o para guardar un silencio de hielo si nos preguntan qué hicimos anoche. Para cumplir con los deberes profesionales o para robar un poco de dinero o algún utensilio de la oficina.

Tal vez los jóvenes vivimos con una intensidad especial el misterio de la libertad. Cuando uno es niño, la presencia y el control de los padres evitan muchos caprichos y libran de muchos peligros. Cuando uno es adolescente, en cambio, sentimos que la vida está cada vez más en nuestras manos. Los peligros son los mismos, pero los mayores suponen que el joven ya está más maduro para afrontarlos mejor. Sin embargo, hay muchas trampas sutiles, misteriosas, que nos pueden atrapar, que nos pueden destruir en su misma libertad.

"Sí, yo hago lo que quiero". Pero tendemos a convertirnos en esclavos de la moda, del sexo. Nos gustan: los zapatos que usan los amigos, fumar el cigarro que fuma su grupo, mirar cosas indebidas mientras habla un profesor aburrido en la clase. La inseguridad esclaviza a cosas contingentes, pasajeras, y a veces dañosas. El drama de la droga comienza muchas veces por falta de personalidad: todo inicia como un juego, luego como un acto de autoafirmación en el grupo, y el resto lo va haciendo el deseo de placer y los efectos que la droga deja, poco a poco, en la mente y el corazón de la nueva víctima.

Junto a las presiones del grupo y de las modas, sabemos que hay cosas que están bien y otras que están mal. Los adolescentes y jóvenes apreciamos, aunque a veces no lo parezca, lo que nos enseñan en la casa, lo que los padres nos dicen; creo que no queremos engañarles, ni traicionar la confianza que nos ofrecen. Para nuestros padres la clave está en educar para una libertad-responsable y una responsabilidad-libre. Aprender a dialogar.

Cuánta necesidad tenemos hoy los jóvenes de ser escuchados. Gran parte de nuestras rebeldías, modas extravagantes o fugas, no son sino un grito clamoroso que pide tan sólo que se nos escuche, que nos dediquen parte de su tiempo, que nos demuestren que significamos algo para ellos..., en definitiva, que nos quieren.

Quiero compartir con ustedes una definición de libertad y que espero les pueda servir de algo. "Ser libre no significa hacer lo que me da la gana. Ser libre es la posibilidad de elegir responsablemente, no entre un bien y un mal, sino entre un bien y otro, todavía mejor"

Busquen a Dios, busquen la FE, den a sus vidas una dimensión de apertura, de trascendencia ...

Mons. Pedro Claro Meurice Estú

BN- Buena Nueva es una publicación que surgió con el objetivo de llevar el mensaje de Dios y su Iglesia de una manera joven, dinámica y actual a nuestra juventud, que de cierta manera, a nuestro criterio, también de jóvenes, es sumamente necesario. A manera personal, que cree usted que deba tener una publicación católica juvenil de nuestros tiempos.

MONS- Buena Nueva trata de transmitir un mensaje de un grupo de jóvenes a los jóvenes y a los fieles en general, y esto requiere siempre la voluntad de interacción entre los que transmiten y los que reciben. Esta interacción se manifiesta generalmente en la transmisión de otra comunicación en sentido opuesto. Es lo que técnicamente se conoce como el feed-back. Creo que cualquiera que intente llevar el mensaje de Dios o de su Iglesia a un sector determinado de fieles debe estar muy atento para escuchar o percibir la respuesta de los lectores, porque es la única manera de saber si se ha leído y entendido lo que se ha intentado comunicar y las reacciones que esto ha provocado. Solo así se pueden conocer las necesidades de los lectores y la mejor manera de satisfacerlos. En concreto no se trata de escribir lo que mas nos gusta y ya, hay que seguir el proceso y estar atentos.



BN- ¿Qué cree usted del trabajo que venimos realizando y qué consejo nos daría?

MONS- Mi impresión, muy general, porque no los conozco muy bien, es que al menos tienen la perseverancia para cumplir lo que se han propuesto de una manera estable, y ya eso es bastante. Me parece que se trata de pulir, perfeccionar, consultar, trabajar sobre lo que se escriba para lograr el bien que se proponen. Hay que leer mucho sobre jóvenes, no solo en Cuba, sino en otras partes del mundo, para conocer lo mejor posible, la mentalidad y las necesidades de nuestros jóvenes hoy.

BN- Quisiéramos que le dijera algo a los jóvenes de Santiago a través de nuestra publicación ya que queremos ser portadores de algún mensaje suyo.

MONS- En el mundo de hoy y en la Cuba de hoy es muy difícil definir qué es la juventud. Hay que estar muy atentos y analizar muy bien para poder encontrar en medio de todo el entramado social, lo que es juvenil, lo que proviene de los jóvenes realmente, que no siempre coincide con lo que se dice o lo que se da a los jóvenes. Jóvenes son los que están en continua búsqueda de su propia identidad, aquellos que practican la lealtad con los coetáneos, y los estima y que no se mueven por intereses económicos o de poder.



La figura de héroes, la figura de los santos, sobre todo la figura de Jesús de Nazaret que vivió Ésos y otros muchos valores, puede despertar y suscitar en ellos, en todos ustedes, el deseo de un mejor conocimiento de esas figuras y el esfuerzo por tratar de imitarlos en sus vidas de sacrificio, generosidad y entrega. Buscar y tratar de encontrar lo que se esconde tras estas personas, es algo que no pueden perder de vista.

SALMOS DEL RETIRO DE CUARESMA PARA JÓVENES

Salmo

El Agua del Señor

OH mi buen Jesús dame
de tu agua, para que no
tenga sed, para confiar mas en ti
ya que para ti
no hay nada imposible
para lograr con tu infinito amor
el camino hacia el Padre.
Porque sólo tú eres santo
Sólo tú mi buen Jesús.

Te busqué y me diste
respuestas a mis preguntas.
me liberaste de mis temores
no deseo más que hacer tu voluntad
y llevo tu ley en mi corazón

Nibardo (San Francisco)



El agua del Señor
brota de la fuente del señor
y es la única que puede
darnos la salvación.

Si la quieres con pasión
será tu liberación,
todo tu corazón
vibrará de tal emoción
y sentirás tal sensación,
que no habrá comparación
ni semejante situación.

El agua del Señor
sacia la sed del humano,
acércate bien, cubano
y confía en tu Creador.

Carlos Rafael (Palma Soriano)

Respuesta del Reto

al Ingenio # 15:

Con monedas y balanzas.

Tome los números binarios del 1 al 15 y diagrame la siguiente tabla:

X	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15
1	1	0	1	0	1	0	1	0	1	0	1	0	1	0	1
2	0	1	1	0	0	1	1	0	0	1	1	0	0	1	1
3	0	0	0	1	1	1	1	0	0	0	0	1	1	1	1
4	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1	1	1	1	1	1

Si relaciona las cuatro filas con las cuatro pesadas y las quince columnas con las quince monedas, cuando la intersección entre ambas tiene un 1 entonces significa que esa moneda estará en esa pesada. Por ejemplo, la moneda 3 estará en las pesadas 1 y 2. Se realizan las cuatro pesadas y se obtienen cuatro valores. Identificar la/s pesada/s cuyo valor sea mayor a los de las demás. La moneda mas pesada será entonces aquella moneda que solo se encuentra en dichas pesadas. (Si todas las pesadas pesan lo mismo entonces la moneda mas pesada es la 15).

Nuevo Reto al Ingenio #16: Un problema de peso.

Tiene usted una balanza de escala (aquellas con dos platos en equilibrio) y doce esferas sólidas. Se le dice que una de ellas tiene un peso distinto a las demás, pero no sabe si es más liviana o más pesada.

Boletín mensual editado para los jóvenes católicos cubanos. Resumen — Marzo-Abril — 2006	Asesora: Hna. Cecilia Medina Soria R.M.I. (Pastoral Juvenil Stgo. de Cuba) Dirección: Alejandro Álvarez Navarro Equipo de Redacción y Diseño: Álvarez N., Erick F. Guevara C., Lisandra González S., Luisito A. Aguilera, Ricardo Deás L.
--	---

*Cuando Dios llama, primero responde
Sí, después averigua para qué lo hace.*

Mons. Enrique Pérez Serantes

ES VOZ DE DIOS...

Encuentro con frecuencia jóvenes con la disponibilidad de Samuel, la confianza de María, la generosidad para dejarlo todo de Mateo, la inquietud por propagar el Evangelio de Pablo... Pero te preguntan: Lo que yo siento, ¿es llamada de Dios? Lo que oigo en la oración, ¿viene de Dios? ¿Cómo saber si todo esto es cosa de Dios? He aquí la respuesta:

1. Si me despierta y saca de la mediocridad, si compromete y complica mi vida, pero la llena y da sentido..., es voz de Dios.
2. Si me hace salir de mi tierra, de mi pequeña isla o mar y me lanza al mundo entero..., es voz de Dios.
3. Si llama al corazón, al amor, a la generosidad, a la ilusión..., no al miedo ni al temor..., es voz de Dios.
4. Si me invita a ser profundamente feliz y a hacer felices a los demás... si habla el lenguaje de la confianza, del Padre a su hijo..., es voz de Dios.
5. Si me hace descubrir la propia realidad de pobreza ("Soy un niño", "No soy capaz"), pero también lo que puedo hacer con su ayuda..., es voz de Dios.
6. Si me va liberando de cosas, de mi egoísmo, de mí mismo; si rompe mis planes, como se los cambió a María de Nazaret..., es voz de Dios.
7. Si no me saca de este mundo, pero me hace estar en él como levadura, sal, luz..., es voz de Dios.
8. Si me invita a acercarme, a estar y a

sentir a los más pobres, a dar vida, alegría, esperanza, plenitud, sentido..., es voz de Dios.

9. Si no tiene nada que ver con los anuncios televisivos, si no es para hacerme más famoso, ni me va a dar más dinero y poder, ni lo que me ofrece lo pueden robar los ladrones, ni carcomer la polilla, ni devaluar las caídas de la bolsa..., es voz de Dios.

10. Si no me llena de palabras para avasallarme, sino que en ocasiones calla y hace silencio invitándome a la reflexión, a la búsqueda humilde y a la oración paciente..., es voz de Dios.

11. Si esa voz va germinando en mí lentamente, como la semilla en el surco, si me invita a centrarme en Cristo, a seguirle, a convivir con El, a ser su amigo..., es voz de Dios.

12. Si es como un eco evangélico, si en la oración no puedo sacármelo del pensamiento..., es voz de Dios.

13. Si es para extender su Reino, mejorar el mundo, hacerlo más humano, anunciar a Cristo y su Buena Nueva y no para anunciarme a mí mismo..., es voz de Dios.

14. Si así también lo siente y lo ve mi comunidad y mi grupo; si cada vez soy más feliz siguiendo la llamada..., es voz de Dios.

Tu animad@r

**PARA
UN
JOVEN**

El Octavo día

El Octavo día

Por: Pedro Ibrahim González Villarrubia

*El que se niegue a creer, se condenará.
(Mc 16,16)*

Una, si no la más grande diferencia con los animales es la confrontación (física y psíquica) de la muerte, y la confrontación por fe de la resurrección de Cristo y de la humanidad. Este mensaje se anuncia todos los días desde hace mas o menos dos mil años. Pero ¿cual es el sentido de la resurrección mas allá de una catequesis? ¿Para qué serviría nuestra Iglesia, en que océano sin bordes se perderían nuestras oraciones si Jesús no hubiera resucitado?. Decía Pablo: vana sería nuestra fe si no hay resurrección (1 Corintios 15,14-20). Este es un asunto medular en la fe y en la perspectiva pastoral. ¿Cómo viven y experimentan la paz y la alegría verdaderas los que no tienen fe en Cristo resucitado? Eso no lo sabemos, pero en los que dicen: "bebamos y comamos que mañana moriremos" habita un grito de angustia, expresado más agitadamente cuando despiden un familiar o amigo. ¿Y nosotros los que decimos que creemos en un Cristo resucitado, cómo experimentamos en el día a día este misterio? La imaginación apenas permite aproximarnos.

Cuando recuerdo a mi madre -quien se marchó de este mundo siendo yo muy joven - trato de imaginarla sonriéndome. Cuando recuerdo asimismo a mi padre, recuerdo cuan cariñosamente me llevaba café todas las mañanas. Mis límites intelectuales no me dan respuesta a la pregunta ¿me reuniré con ellos al estilo del relato de Noé en la barca salvado con toda su familia? ¿De qué mane-

ra entonces? Estas dudas demuestran que todas las personas, confesos, ateos o creyentes, tienen vocación de eternidad pero el ser humano rechaza el misterio que lo desborda, por eso se relata el pecado original porque el hombre quiere sustituir a Dios en su sabiduría y se rebela ante la idea de que siendo imagen y semejanza de su Creador no puede acercarse y tocar este sello.

El asunto de que Jesús vivió antes que Abraham y está junto al Padre y que vendrá a juzgar a vivos y muertos, no puede responderse con un simple y pretencioso ejercicio intelectual, intentando responder a las inquietudes de los que sin darse cuenta buscan a Dios preguntando sobre Él, a los ingenuos, a los Nicodemos, o a los cínicos. La dificultad de creer en la resurrección esta en la manera débil y estrecha en que nos dejamos sorprender por la realidad de los hechos que nos hablan de la vida más allá de las percepciones rutinarias. El anuncio de la resurrección de entre los muertos no es una simple interpretación de un sepulcro vacío. La resurrección no es la simple inmortalidad del alma, no es tampoco el recuerdo proyectado de la persona amada ya fallecida a través de sus objetos personales, no es la vuelta milagrosa a la vida (Elías 1, Reyes 17,17; Eliseo 2, Reyes 4,8 y 13,21, resurrecciones realizadas por el poder de Jesús, entre otras la de su amigo Lázaro), tampoco es la resucitación clínica cardiorrespiratoria, ni mucho menos la idea de la reencarnación,

no sé si tan ingenua como ridícula, en la que Dios Todopoderoso y Creador para salvarnos después de crearnos utilice el reciclaje del alma a través de otras personas y hasta animales.

Resurrección es Misterio. Formula una realidad que abarca la consumación (teleiosis) de Jesús, ida al Padre, exaltación, triunfo victoriosa, nueva vida. Lo de Jesús no fue un milagro mas, ni un final feliz de una historia ya contada sino la superación total y definitiva de la muerte que supera los efectos relatados en los Evangelios, precede e inaugura y continúa dando respuesta al problema de la vida y la muerte.

Es tan cierta la muerte que nos rodea como que siempre está presente algún tipo de victoria sobre alguna forma de muerte:

- cada vez que alguien regala una sonrisa espontánea pueda que resucite una tristeza que hasta el momento no había sido superada.

- cada vez que se produce un gesto de paz, se supera un sucedáneo de la muerte: la incubación de futuros conflictos, de aislamientos, de rencores y de odios.

- cada vez que servimos a la familia, a los amigos, a uno mismo, a un extraño, a la sociedad, con confianza se experimentan resurrecciones.

- cada vez que se espera con paciencia por amor, o se sacrifica algo sobre las comodidades, ventajas e intereses egoístas y se ofrece hasta la vida por amor, se resucita, se abre la posibilidad de que personas, cosas y situaciones mueran.

- cada vez que dos hermanos que desde hace tiempo estaban en conflicto se reconcilian, Dios y los ángeles sonríen en el cielo.

- cada vez que se comunican los afectos y se repiten estos, se resucita.

- cada vez que se repiten situaciones que tienen como modelo la parábola del Padre misericordioso, se resucita.

Gracias al fermento de la masa y a los hombres de buena voluntad la humanidad sobrevive, y muchas otras cosas cambiarían y vivirían mejor a partir de estas simples formas de resurrección, que sólo se intentan aproximar humanamente a lo que es *misterio*... Por ahora podemos estar en el camino de Emaús o cenando con Él.



Referencias

Fernández Sanz Gonzalo, cmf . Hemos cenado con El. Viña Joven 20, 2004.

Martín Descalzo J.L. Vida y misterio de Jesús de Nazaret, Ed. Sígueme, Salamanca, 1998. Biblia Latinoamericana.

...para que nuestros pueblos en Él tengan vida*



En Mayo del 2007, cuando se reúnan los Obispos de Latinoamérica junto al Santuario Mariano de Nuestra Señora de la Aparecida, Brasil, dará inicio la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, cuyo proceso de elaboración se viene gestando desde hace varios años. El tema escogido para esta Conferencia por S.S. Benedicto XVI es: *“Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6)”*

¿Qué son las Conferencias Generales del CELAM?

Un anhelo de los pastores y de la Iglesia presente en América Latina ha sido, desde hace mucho tiempo, la unidad. Así en el año 1858, y como hito importante en esta historia de comunión, fue fundado en Roma el Colegio Pío Latino como lugar para la formación de la mayoría de los obispos de nuestro continente, institución ésta que entonces permitía el conocimiento de las realidades nacionales y el compartir visiones para superar los problemas comunes que atravesaba la Iglesia en nuestra vasta geografía. En el año 1899 es celebrado en la sede de dicho Colegio, convocado por el Papa León XIII, el Concilio Plenario de América Latina, reunión

ésta en la que el Papa pidió a los obispos latinoamericanos que se reunieran periódicamente en Conferencias Episcopales nacionales para estudiar aquellas necesidades apremiantes en la Iglesia y abrirse al diálogo con el mundo de su tiempo.

A mediados del siglo XX, y antes de que se hablara de la integración latinoamericana, un grupo de obispos empezó a establecer contactos entre sí en torno a temas pastorales de interés común para toda la América Latina. Se produjeron varias reuniones que poco a poco fueron creando el clima y el ambiente para un posible encuentro continental de obispos. La idea fue acogida por el Papa Pío XII, quien realizó la convocatoria a lo que sería la primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que finalmente se desarrolló en Río de Janeiro del 25 de julio al 4 de agosto de 1955.

En esa Conferencia General, y después de haber estudiado los grandes problemas pastorales comunes a las Iglesias de América Latina, los obispos pidieron al Santo Padre la institución de un Consejo Episcopal que re-

*A partir de esta edición *Iglesia en Marcha* quiere acompañar este camino hacia la V Conferencia, camino de discernimiento acerca de nuestra vida cristiana, de las celebraciones litúrgicas, del trabajo catequético y misionero, de la acción social y solidaria y de las esperanzas más hondas que laten en nosotros.

presentara a todos los obispos del continente y llevara a cabo el programa de acción pastoral formulado por la Conferencia General, pidiéndose que el organismo funcionara en Roma. La visión y el realismo de Pío XII se impuso al aceptar la instauración del Consejo Episcopal sugerido, pero él mismo pidió que ese organismo funcionara en América Latina. El Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM, que desde entonces radica en Bogotá, Colombia, quedó instituido como órgano de articulación pastoral, ¿su misión fundamental? **servir y ser elemento de unidad de la Iglesia en América Latina.**

Temáticas de las Conferencias Generales

Hasta hoy son cuatro las Conferencias Generales de obispos que se han tenido, y en ellas se han ido plasmando las líneas maestras de la acción pastoral de la iglesia latinoamericana. Son conocidas por los lugares de su realización, y después de la conferencia fundante celebrada en Río de Janeiro 1955, se han tenido la de Medellín, Colombia, en 1968; la de Puebla de los Ángeles, en México, 1979, y la última en Santo Domingo, República Dominicana, en 1992.

Julio 1955 -

Primera Conferencia General en Río de Janeiro, Brasil. Puso un acento fuerte en la formación del clero, atendiendo también aspectos de la Vida Religiosa, de Auxiliares del clero, (es aquí donde se comienza a hablar con precisión del Apostolado de los laicos), la cura de almas, medios de comunicación, protestantismo, movimientos anticatólicos y defensa de la fe. Se marcan también los problemas sociales que afectan a nuestros pueblos, las Misiones y la



Oración para la V Conferencia General del CELAM

**Señor Jesucristo,
Camino, Verdad y Vida,
rostro humano de Dios
y rostro divino del hombre,
enciende en nuestros corazones
el amor al Padre que está en el
cielo y la alegría de ser cristianos.
Ven a nuestro encuentro
y guía nuestros pasos
para seguirte y amarte
en la comunión de tu Iglesia,
celebrando y viviendo
el don de la Eucaristía,
cargando con nuestra cruz,
y urgidos por tu envío.
Danos siempre el fuego
de tu Santo Espíritu,
que ilumine nuestras mentes
y despierte entre nosotros
el deseo de contemplarte,
el amor a los hermanos,
sobre todo a los afligidos,
y el ardor por anunciarte
al inicio de este siglo.
Discípulos y misioneros tuyos,
queremos remar mar adentro,
para que nuestros pueblos
tengan en Ti vida abundante,
y con solidaridad construyan
la fraternidad y la paz.
Señor Jesús, ¡Ven y envíanos!
María, Madre de la Iglesia,
ruega por nosotros.
Amén.**

Inmigración y finalmente se aprueba la Creación del Consejo Episcopal Latinoamericano.

Agosto 1968 -



Segunda Conferencia General en Medellín, Colombia. Su documento final marca tres aspectos claves para la presencia de la Iglesia en la trans-

formación de América Latina. Un primer campo describe **La Promoción Humana:** Justicia, Paz, Familia y demografía, Educación y Juventud. Una segunda línea plantea **La Educación y Crecimiento de la Fe**, asumiendo: Pastoral, Pastoral de élites, Catequesis y Liturgia. Finalmente se plantea; **La Iglesia visible y sus estructuras:** Movimientos de Laicos, Sacerdotes, Religiosos, Formación del Clero, Pobreza de la Iglesia, Pastoral de Conjunto y finalmente Medios de Comunicación Social.

Enero-febrero 1978 -



Tercera Conferencia General en Puebla de los Ángeles, México. Las conclusiones de la reunión de Puebla, abarcan Cinco Partes. La primera es la **Visión Pastoral de la realidad latinoamericana** (una visión histórica, una visión

socio-cultural, una visión eclesial y las tendencias actuales y la evangelización del futuro). Una segunda parte abarca: **Designio de Dios sobre la realidad de América Latina**, con dos puntos: Contenido de la Evangelización y ¿Qué es evangelizar? El tercer momento presenta la **Evangelización en las Iglesias de América Latina en Comunicación y Participación**, desta-

cando los centros de comunión y participación, los agentes, los medios y el diálogo para lograrlo. La cuarta parte presenta **La Iglesia misionera al servicio de la evangelización en América Latina**, con las opciones preferenciales por los pobres y por los jóvenes; la Acción de la Iglesia con los constructores de la sociedad pluralista en América Latina y las Acciones de la Iglesia por la persona en la sociedad nacional e internacional. La quinta parte presenta, bajo el dinamismo del Espíritu las **Opciones Pastorales**.

Octubre 1992 -



Cuarta Conferencia General en Santo Domingo, República Dominicana. Su documento final tiene tres partes: **Jesucristo el Evangelio del Padre, Jesucristo Evangelizador Viviente en su Iglesia:** la Nueva Evangelización, la Promoción

Humana y la Cultura Cristiana. **Jesucristo, vida y esperanza de América Latina y el Caribe.**

¿Y la V Conferencia?

El Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) y Arzobispo de Santiago de Chile, Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, ha enfatizado que *el centro de*



esta Conferencia no es, en primer lugar, un gran programa: La nueva Evangelización, la cultura cristiana o la promoción humana. Esta Conferencia General se centra en aquella persona bautizada que va a gestar la cul-

tura cristiana, que va a ser evangelizadora y que va a promover a sus hermanos, sobre todo a los más marginales. Es una nueva perspectiva en la línea de la educación de la fe... Se trata de ser, de conducir al encuentro vivo con Cristo para llegar a ser y formar discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. Con ese espíritu y con ese propósito escuchamos sus palabras: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"



Es por esto que a lo largo de todo el continente latinoamericano, las comunidades cristianas se preparan para participar y colaborar con sus reflexiones y aportes en la misma. Es este tiempo de preparación, de conversión y de acción misionera de todos, porque la Iglesia en América Latina no son sólo los obispos: la Iglesia somos todos los bautizados.

Es tiempo de encuentro con **Él**, sólo podemos ser discípulos y misioneros de Jesucristo a partir de ese encuentro. Es tiempo de discernimiento, y de un gran compromiso laical, para transformar nuestro tiempo construyendo el Reino de Amor que Jesús nos mostró. Es tiempo del despertar misionero, para ser luz y fuerza de esperanza para el pueblo de América Latina.

CINE CLUB ZAIDA FERNÁNDEZ JUAN



LUGAR:

CASA PARROQUIAL
SANTÍSIMA TRINIDAD

DÍA: TERCER JUEVES
DE CADA MES

HORA: 7.30 P.M.

PRÓXIMAS PROYECCIONES:

MAYO, 18:

EL ACEITE DE LA VIDA

AÑO: 1992, E.U.

DIRECTOR: GEORGE MILLER

PROTAGONISTAS: SUSAN SARANDON, METER
USTINOV, NICK NOLLE

DURACIÓN: 1 H 35 MIN

JUNIO, 15:

LA VIDA ES BELLA

AÑO: 1998, ITALIA.

DIRECTOR: ROBERTO BENIGNI

PROTAGONISTAS: NICOLETTA BRASHI, ROBERTO
BENIGNI

DURACIÓN: 1 H 15 MIN

EL CENTRO DE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Existen reacciones contrapuestas entre los entusiastas que ven en la espiritualidad el remedio de todos los males y hay quienes piensan que espiritualidad es lo mismo que evasión del mundo y de la historia, renuncia y mortificación de lo que naturalmente nos gusta, aceptación resignada de las penas y miserias que lleva consigo el hecho de vivir "en este valle de lágrimas", y todo eso con buenas dosis de "espiritualismo".

Para mucha gente, Dios y la vida son dos realidades disociadas y, sobre todo, contrapuestas. Abundan las personas que ven en la vida, con sus males, sus sufrimientos y sus contradicciones, la gran dificultad para creer en Dios.

Existe el problema real basado en experiencias y situaciones que siguen dándose en la desafortunada presentación religiosa de ese Dios, que nos manda y nos prohíbe, nos amenaza y nos castiga haciendo intolerable a ese *tipo de religión*.

Cuando los cristianos hablamos de espiritualidad, nos referimos a la forma de vivir de aquellas personas que se dejan llevar por el Espíritu de Dios.

Jesús se dejó llevar por el Espíritu del Señor para aliviar el sufrimiento humano. El comportamiento de Jesús nos viene a decir que los seres humanos encontramos a Dios sólo en la medida en que defendemos, respetamos y dignificamos la vida. En esto se sitúa el centro de la espiritualidad cristiana.

El centro de este mensaje, según los sinópticos no fue Dios sino el Reino de Dios (Mc 1, 14-15) A Jesús no le preocupó el problema de Dios en sí mismo, sino dónde y cómo podemos encontrarle y relacionarnos con Él. Cuando el Evangelio expli-

ca en qué va a consistir el criterio determinante de los que entran o no en el Reino definitivo, todo se reduce a una cosa: los que han aliviado el sufrimiento humano.

¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal; salvar una vida en vez de destruirla? O sea ¿qué es lo primero para el ser humano: la vida o la religión?

Jesús puso la religión donde tiene que estar: al servicio de la vida de los seres humanos, para dignificarla. También la espiritualidad supone renunciaciones y "cargar con la cruz" o sea vivir el conflicto de Jesús en nuestra vida.

Que el centro no esté en la religión, la virtud, la perfección o la ascética, no quiere decir que la espiritualidad cristiana no tenga una dimensión "religiosa", que no exija una vida "virtuosa" con sus compromisos éticos fuertes, que no lleve a una vida de "perfección, entendida como adhesión incondicional a Jesús, o que no requiera una determinada "ascética" entendida como dominio de sí para el servicio de los otros.

Debemos entender que el centro de la espiritualidad cristiana está en la defensa de la vida de los seres humanos, en el respeto a la vida, y hasta en el conseguir el goce y disfrute de la vida para todos y no sólo para unos cuantos. Aunque hay que reconocer que nos da mucho miedo tomar en serio nuestra vida y la de los demás; enfrentarse a esa situación, con todas sus consecuencias, es lo que nos da miedo.

Consecuentemente, podemos afirmar que hablar de espiritualidad es hablar de la victoria sobre el miedo.



LA IGLESIA QUE AMO

La Iglesia que yo amo es así:

- ⇒ La que está convencida y demuestra que el puerto es Cristo y que ella es sólo el faro que señala: el puerto está allí; la que prefiere ser sembradora de esperanzas que espiadora de miedos.
- ⇒ La que prefiere tener siempre sus puertas abiertas aunque pueda colársele algún intruso, por miedo de que pase de largo un solo mensajero del Espíritu que venga a enriquecerla; la que puede permitirse el lujo de ir delante siempre, de afrontar cualquier riesgo porque cree en una promesa divina y definitiva y porque sabe que puede desviarse pero no perder el camino que es Cristo.
- ⇒ La que es consciente de que cuándo peca o se equivoca no es Cristo quien se tambalea; la que demuestra al mundo que se puede conciliar el máximo de libertad humana con la obediencia al Creador.
- ⇒ La que demuestra que se puede ser feliz ya en la tierra sin dinero y sin poder, la que me asegura que seré cristiano cuanto más busque, más pruebe, más profundice, más descubra; la que escucha con más seriedad y con mayor esperanza la voz de los pobres y de los débiles que la de los ricos y poderosos, porque saben que son más libres, menos comprometidos, más abiertos al Dios que llama siempre.
- ⇒ La que tiene más vocación de defensora de cualquier derecho humano que de protectora de privilegios propios o ajenos; la que cree en Cristo, más que en los bancos, la política o la diplomacia.
- ⇒ La que ofrece el mismo margen de libertad y de confianza a los que creen en ella que a sus adversarios; la que duda de su fidelidad a Cristo cuando pasa mucho tiempo sin que sea perseguida por los que están oprimiendo al pueblo y a su libertad.
- ⇒ La que tiene capacidad para injertarse en cualquier cultura, en cualquier lengua, en cualquier arte, en cualquier técnica, en cualquier historia humana.
- ⇒ La que tiene capacidad de ser actual siempre, la que me asegura que la Pascua ha estallado ya, que hemos empezado a resucitar, que estamos preparando la tierra definitiva de mañana, que nuestro Dios sigue vivo y está aquí y es inefable y es nuestro y es distinto de todo y es como nosotros y ama y ríe y llora y es celoso y tiene una debilidad innata por los caídos, los humillados, los encadenados, los últimos, los "nadie".
- ⇒ la que se preocupa más de ser auténtica que de ser numerosa, de ser sencilla y abierta que de ser poderosa, de ser ecuménica que de ser dogmática, de ser santa que de ser popular, de ser de todos que de ser monolítica, la que no tiene otra moral que la supremacía del amor en todo.

Matrimonio y familia no son una construcción sociológica casual, fruto de situaciones particulares históricas y económicas. Por el contrario, la cuestión de la justa relación entre el hombre y la mujer hunde sus raíces en la esencia más profunda del ser humano y sólo puede encontrar su respuesta a partir de ésta... la vocación al amor es lo que hace del hombre auténtica imagen de Dios: se hace semejante a Dios en la medida en que se convierte en alguien que ama.
Benedicto XVI

Cuando decimos MATRIMONIO



¿A qué nos referimos?
¿Todos pensamos, sabemos o creemos qué es exactamente? Quizás para muchos esta respuesta sea obvia, pero mirando el mundo... leyendo noticias que nos vienen más allá de los mares que rodean nuestra querida Isla, a veces me asusto.

Otras pienso, somos sólo eso una Isla.

Luego vuelvo a pensar, ser Isla geográfica no

nos hace de por sí estar aislados, ni que otras realidades se nos vayan calando hasta llegar a la misma médula de la conciencia social, trastocando principios éticos, cambiando normas jurídicas, diciendo que es lo mismo HM que HH ó MM. Y éste es el punto de partida para saber cuando decimos MATRIMONIO a qué realidad natural concreta nos referimos y a cuál no nos referimos ni es ético tampoco el hacerlo.

Así con estos pensamientos empecé a clarificarme, empecé a buscar:

- Para el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (RAE) matrimonio (Del lat. Matrimonium) *es la Unión de hombre y mujer concertada mediante determinados ritos o formalidades legales... En el catolicismo, sacramento*

por el cual el hombre y la mujer se ligan perpetuamente con arreglo a las prescripciones de la Iglesia.

- En la Constitución de la República de Cuba (Capítulo III, Artículo 35) matrimonio *es la unión voluntariamente concertada de un hombre y una mujer con aptitud legal para ello, a fin de hacer vida en común.* Descansa en la igualdad de derechos y deberes de los cónyuges... Precepto que confirma y repite el Código de Derecho de Familia (1975) en su Título I. Capítulo I. Sección Primera, Art. 2.

- En el Catecismo de la Iglesia Católica (1992), en su número (1601), y el Código de Derecho Canónico Título VII del Matrimonio (Cann. 1055 – 1165) *1055 § 1. La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados. § 2. Por tanto, entre bautizados, no puede haber contrato matrimonial válido que no sea por eso mismo sacramento. 1056 Las propiedades esenciales del matrimonio son la unidad y la indisolubilidad, que en el matrimonio cristiano alcanzan una particular firmeza por razón del sacramento. 1057 § 1. El matrimonio lo produce el consentimiento de las partes legítimamente manifestado entre personas jurídicamente hábiles, consentimiento que ningún poder humano puede suplir. § 2. El consentimiento matrimonial es el acto de la voluntad, por el cual el varón y la mujer se entregan y aceptan mutuamente en alianza irrevocable para constituir el matrimonio.*

- En la Carta de los Derechos de la Familia (Vaticano, 1983) en su Artículo 1: *Todas las personas tienen el derecho de elegir libremente su estado de vida y por lo tanto derecho a contraer matrimonio y establecer una familia o permanecer célibes. (a) Cada hombre y cada mujer, habiendo alcanzado la edad matrimonial y teniendo la capacidad necesaria, tiene el derecho de contraer matrimonio y establecer una familia sin discriminación de ningún tipo.*

Así podría, podríamos, seguir buscando y siempre en nuestra cultura occidental el matrimonio es eso: la unión por y para el amor y el mutuo complemento de un **hombre** con una **mujer** (uno con una), que nace allí del amor y la voluntad y busca abrirse a la vida de una manera comprometida y responsable. *Cuando dos personas de distinto sexo se aman y unen sus vidas con la intención de vincular el ejercicio de la sexualidad al cultivo de la amistad, dentro del campo de interrelación profunda que es el hogar, y todo ello lo orientan hacia el incremento de su unidad mutua y de la donación de vida a nuevos seres, dan un salto cualitativo en su vida: se convierten en esposos. Ese tipo de unión recibe, de antiguo, el nombre de **matrimonio**. Ése y no otro ha sido y es la semilla, el ladrillo fundamental de todas nuestras sociedades con historias milenarias o centenarias a uno y otro lado del pacífico; en ése MATRIMONIO, y no en otro es que los grandes pensadores, filósofos, sociólogos y teólogos han visto y reconocido la célula básica y fundamental de la sociedad. ¿Por qué atacarla? ¿Por qué no defenderlo a viva voz y con el corazón en la punta de los labios y de las manos?*

MATRIMONIO, es palabra ÚNICA para expresar una unión de naturaleza diversa y complementaria; tan diversa, complementaria y rica como es la unión entre un hombre y una mujer que se aman, se respetan y se comprometen; diversidad sexual y de amor que es capaz de engendrar la VIDA.

Hoy, usando como bandera la libertad y el respeto a los derechos, en las sociedades del mundo occidental se está introduciendo desde las estructuras de poder político, económico e intelectual, y con una gran repercusión en los medios de comunicación (en el norte podríamos decir que ya se ha im-

puesto), una tergiversación completa del concepto de MATRIMONIO, una ruptura de la esencia y sentido del mismo; buscando sean reconocidas y jurídicamente legalizadas como tal, las uniones entre dos personas del mismo sexo.

No creo equivocarme al afirmar que este singular *experimento* jurídico y social que hoy presenciarnos no tiene precedentes en la historia de la humanidad, siendo la homosexualidad tan antigua como la humanidad misma. Muchas han sido las formas, muchas son las posturas que la sociedad ha asumido frente a ella (fomentándola, permitiéndola, persiguiéndola...), pero siempre habíamos tenido y defendido con claridad lo que en nuestro ser llevamos inscrito, no habíamos buscado (en materia de familia) hacer ley escrita algo que contradice tan claramente la ley natural, sabiendo *que no todo lo que es legal es ético*.

Decir esto no es asumir una postura discriminatoria. Ellos y ellas, cada persona debe ser respetada en su dignidad y debe ser protegida por la sociedad: todos somos hijos amados de Dios, todos somos ciudadanos. Pero la opción de vida de las personas homosexuales, la manera con que asumen vivir su sexualidad no puede ser presentada, no puede ser defendida como normal, natural, o inocuo; ni puede ser presentada a niños y jóvenes como una opción tan válida o equiparable con el MATRIMONIO.

Sólo la unión que nace y se fundamenta en el amor, libre y responsable entre un **hombre** y una **mujer**, puede ser llamado MATRIMONIO. Esa es su naturaleza. La unión de hombres con hombres, o la unión de mujeres con mujeres puede llamarse como se quiera pero nunca podrá ser nombrado matrimonio.

Cual es la familia, tal es la nación, porque tal es el hombre, escribió Juan Pablo II hace ya casi tres décadas, a lo que añado atrevidamente *cual es el MATRIMONIO, tal es la familia, tal es la nación, porque tal es el hombre.*



Es momento de pensar, de hacerlo en voz alta, de no quedarnos protegidos en nuestra idea de Isla...

Locales

Homenaje al P. Félix Varela

El domingo 12 de marzo, el Obispo de Pinar del Río, Mons. José Siro González Bacallao, develó una estatua del sacerdote y prócer cubano, Félix Varela, en compañía del escultor, Manuel Pérez Vélez y del párroco de la Catedral de la ciudad en cuyo atrio está la obra. La imagen del P. Varela sonríe, "con la esperanza del que confía en Dios y en la virtud de los hombres y mujeres de su pueblo". La estrella en la tarja "expresa el criterio vareliano de independencia y libertad para Cuba". Al pie de la estatua del sacerdote, considerado padre de la cultura cubana y cuya causa de beatificación está adelantada, se puede leer una frase suya: "Buscar la Gloria de Dios en todo, santificando todas nuestras acciones, tendidos hacia el amor al prójimo".

Ediciones Vitral presentó el Tomo II de las "Instituciones de Filosofía Ecléctica editadas para uso de la Juventud Estudiosa" del P. Félix Varela. Luego de su publicación en latín en 1812, el libro se extravió. El hallazgo del mismo lo hizo el profesor de la Universidad de La Habana, Dr. Amaury B. Carbón Sierra. Esta obra de metafísica del P. Varela, ejemplo de cubanidad según el Siervo de Dios Juan Pablo II, forma parte de una colección de tres tomos, los primeros dos de ellos escritos en latín como era costumbre en la época y el tercero escrito en español. *ACI Prensa*

Encuentros...

La semana del 20 al 26 de marzo pasado, fue rica en experiencias, de renaceres en la gracia del Espíritu. Primero, entre los días 20 al 23 la casa de El Cobre recibió a los animadores de la coordinación Cuba-Oriente de los Talleres de Oración y Vida, que como cada año y en compañía de José Antonio Martín y Susana Michel (dos mexicanos venidos de lejos y muy cercanos), miraron a través de los ojos de San Francisco, el loco de Asís, el mundo: ése mundo

que espera de cada uno de los seguidores de Cristo la locura del testimonio de su Amor... El fin de semana siguió siendo *agua fresca*, esta vez con la presencia del P. Fabio, sacerdote italiano, religioso del Inmaculado Corazón de María, miembro de la escuela ABBA y muy cercano a Chiara Lubich, fundadora del Movimiento Focolar. Él con la maestría de sus más de treinta años de profesor universitario acercó a todos los presentes, venidos desde la diócesis de Pinar del Río hasta la de Santiago, a la historia de la Iglesia, a los soplos del Espíritu que en cada momento la animan y guían para ser signo de Dios. Con la coherencia del testigo supo comunicar a todos su experiencia del encuentro con Jesús, que sólo pide *Amense unos a otros como yo los amé*. Que estas ricas experiencias sirvan a todos los que en ellos participaron para ser en sus comunidades y allí donde viven sal, agua, testigos del amor y la vida de Dios.

Cátedra Pérez Serantes

El pasado 28 de marzo dio inicio el ciclo de conferencias de la Cátedra Pérez Serantes, del Instituto Arquidiocesano de Pastoral, del año 2006. La conferencia inaugural estuvo a cargo de Mons. Emilio Aranguren, obispo de la diócesis de Holguín y administrador apostólico de la diócesis de Cienfuegos, y nos presentó **Camino recorrido por la Iglesia en Cuba del ENEC a hoy**, en la que de una manera sencilla, casi a manera de crónica, desandamos los pasos de nuestra historia reciente y soñamos el futuro. La Cátedra se vio prestigiada por la presencia de nuestro arzobispo Mons. Pedro Meurice y de un nutrido auditorio, que con sus preguntas e intervenciones enriqueció el encuentro. Las próximas conferencias de la Cátedra serán: 6 de mayo, **Presentación del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia** ocasión para la que ha sido invitado el Ing. Dagoberto Valdés miembro de la Comisión Justicia y Paz; el 23 de mayo, **Diseño Pastoral a partir del ENEC**, con Mons. Dionisio García como conferencista invitado y

el 27 de junio, **La espiritualidad: un reto pastoral**, siendo Mons. Juan de Dios Hernández obispo auxiliar de La Habana quien tendrá la responsabilidad del tema.

Transmisión Televisiva

El Viernes Santo, los católicos y los cubanos todos, pudimos acompañar y rezar el santo Vía Crucis que cada año es presidido por el Papa, y se reza en el Coliseo Romano y sus alrededores. Como un hecho inusual, ya que nunca antes había sido transmitido, acompañamos este ejercicio de la Iglesia, que de manera especial miró los sufrimientos del mundo, en particular el de los niños, las mujeres o los provocados por las injusticias, que quedaron unidos a los de Jesús. Las meditaciones y oraciones del Vía Crucis, cuya espiritualidad y actualidad han suscitado amplio eco en los medios de comunicación, fueron compuestas en esta ocasión por el arzobispo Angelo Comastri, vicario del Papa para el Estado de la Ciudad del Vaticano. Que sea este paso un signo de apertura y esperanza para todos los creyentes cubanos.

Esta noche es mi Pascua

El 18 de abril, a 38 años del paso a la casa del Padre de Mons. Enrique Pérez Serantes, se realizó en la Catedral de Santiago de Cuba la premier del documental **Esta noche es mi Pascua**, del realizador cubano Carlos Alberto Zaporta. El documental de casi 50 minutos de duración busca acercarnos a la persona del querido (y desconocido para los más jóvenes) Arzobispo santiaguero, del Arzobispo de la Dignidad, desde los testimonios y vivencias de quienes le conocieron y compartieron con él su andar de Pastor. La idea del documental, surgida a partir del encuentro fortuito del realizador con unas imágenes de archivo sobre el prelado, comenzó a tomar forma hace alrededor de un año. De entonces a acá, a aquellas primeras imágenes se le incorpora-

ron entrevistas, fotos y recuerdos salidos de los mas diversos lugares y personas, relacionados con la figura del memorable Arzobispo. Imágenes y sonido nos regalan un retrato de este hombre que según uno de los presentes, muestra de forma muy especial “ la grandeza de su sencillez”. Bellísima presentación que quiere ser un primer paso en la recuperación de la memoria de nuestra historia reciente como Iglesia y como pueblo.

Internacionales

Respetar lo que para los demás es sagrado

El presidente de la Conferencia Episcopal Española y obispo de Bilbao, monseñor Ricardo Blázquez, mostró en la conferencia «La Iglesia testigo de Dios en el presente y futuro de España», pronunciada este jueves en el Club Siglo XXI, «el deber sagrado y primero que tiene la Iglesia de pronunciar con verdad el nombre de Dios y no silenciarlo». Durante su intervención hizo además alusión a la conmoción generada en el mundo musulmán, tras la publicación de unas caricaturas de Mahoma, y expresó que «es fundamental en toda cultura respetar lo que para los demás es sagrado». Para monseñor Blázquez «el derecho a la libertad de expresión y el derecho a ser respetados en los sentimientos religiosos forman parte de la vida en democracia y deben ser equilibrados y convivir armoniosamente», e hizo distinción entre el humor y «la burla que corroe y envilece hasta las realidades más venerables y sagradas». Por todo ello sugirió que «el servicio más precioso que los cristianos podemos ofrecer a los hombres y mujeres de nuestro tiempo es hablar bien de Dios, anunciar su nombre como Buena Noticia» Las últimas palabras de su discurso fueron dedicadas al trabajo por la paz y destacó cómo a

través de la oración se fortalece en los creyentes las energías espirituales de pacificación, ya que la paz y la guerra empiezan en el corazón de cada hombre. ZENIT.org-

Movimientos eclesiales

“Compartir la riqueza de la propia espiritualidad para dar mayor vigor a la vida cristiana en América Latina” Así dijo el Papa a los participantes en el primer Encuentro de los Movimientos Eclesiales y de las nuevas comunidades en el continente, celebrado en Bogotá, Colombia, del 9 al 12 de marzo pasado, centrado en el tema: “Discipulos y Misioneros de Cristo hoy” promovido por el Consejo Pontificio de los Laicos y por el CELAM, en Bogotá Colombia. La experiencia vivida se caracterizó por la comunión entre los varios carismas, que han hecho admirar la especificidad del otro y sentir que cada uno es un don enorme para la Iglesia y para la humanidad y en los participantes se reforzó la conciencia de su misión al servicio de la evangelización de la cultura y de la construcción de la sociedad. La solemne Misa de conclusión fue un agradecimiento a Dios por lo que obró en estos días. Participaron en el encuentro, además de los responsables y colaboradores del Consejo Pontificio para los Laicos y del CELAM, los obispos del comité preparatorio de la Conferencia del CELAM, un obispo delegado por cada una de las Conferencias Episcopales y los responsables de diversos Movimientos y nuevas comunidades presentes en el continente. ZENIT.org-

El trabajo es para el hombre

Así recordó el pasado 19 de marzo el Papa al presidir la Eucaristía por el mundo de los trabajadores. Constató que «la realidad del trabajo», un «aspecto importante de la existencia humana», está situada hoy «en el centro de cambios

rápidos y complejos». Pero quiso recordar que ya la Biblia muestra que «el trabajo pertenece a la condición originaria del hombre», que forma parte del «plan divino»; igualmente el Hijo de Dios «se dedicó durante muchos años» a él. «La Iglesia siempre ha mostrado, especialmente en el último siglo, atención y solicitud por este ámbito de la sociedad, como testimonian las numerosas intervenciones sociales del Magisterio y la acción de múltiples asociaciones de inspiración cristiana» Y es que «el trabajo reviste importancia primaria para la realización del hombre y para el desarrollo de la sociedad», subrayó. Es necesario que el trabajo «se organice y desarrolle siempre en el pleno respeto de la dignidad humana y al servicio del bien común». Para que ello sea posible, Benedicto XVI hizo hincapié en la necesidad de «vivir una espiritualidad que ayude a los creyentes a santificarse a través del propio trabajo». Y esto «imitando a San José, que cada día tuvo que proveer a las necesidades de la Sagrada Familia con sus manos y a quien por ello la Iglesia señala como patrono de los trabajadores», exhortó. «Su testimonio muestra que el hombre es sujeto y protagonista del trabajo», reconoció Benedicto XVI. Y le propuso como modelo para que «los cristianos aprendan a testimoniar en todo ámbito laboral el amor de Cristo, fuente de solidaridad verdadera y de paz estable». ZENIT.org-

El episcopado de Corea del Sur

«Inspiremos en esta tierra el respeto a la vida»: es la exhortación con la que la Comisión episcopal surcoreana para la abolición de la pena de muerte ha anunciado su intención de presentar al gobierno de Seul una petición que ponga fin a tal condena «Radio Vaticana» se hizo eco de la iniciativa citando textualmente el documento de los prelados: «La abolición de la pena de muerte es el

primer paso hacia un mundo en el que se pueda vivir mejor todos juntos». «Los seres humanos no tienen derecho a privar a otros de la vida que les ha sido dada por Dios», escriben. Desde el lanzamiento, el pasado diciembre, de la campaña contra la pena de muerte en el país asiático, se han recogido más de 110 mil firmas. Miles de fieles católicos ya se han adherido a la iniciativa, confirma la emisora pontificia; junto a ellos, todos los prelados coreanos. En el país asiático el Ministerio de Justicia deberá pronunciarse sobre un proyecto de ley que contempla la sustitución de la condena a muerte por cadena perpetua sin libertad condicional. *ZENIT.org.-*

La Iglesia en Mongolia

El único obispo católico de Mongolia, monseñor Wenceslao Padilla, de la Congregation of the Immaculate Heart of Mary, reconoce que se están abriendo nuevos espacios para la Iglesia en la medida en que el país se está abriendo a la democracia. «Cuando los primeros misioneros católicos, un belga y dos filipinos, llegaron a Mongolia en 1992, prácticamente nadie había oído hablar de Jesús en este país», explicó en declaraciones concedidas al visitar la sede de Ayuda a la Iglesia Necesitada (AIN). «Hemos fundado 3 parroquias para los 300 católicos mongoles bautizados. Además, ahora que el Gobierno está poniendo rumbo hacia la democracia, hay muchas esperanzas para la Iglesia católica de este vasto país. Este año prevemos celebrar entre 80 y 100 nuevos bautizos». «En la actualidad --revela--, 56 misioneros de 14 países africanos, asiáticos, europeos y latinoamericanos trabajan en Mongolia. Esto supone una gran fuerza para la evangelización». *ZENIT.org.-*

Recordar para sanar y abrir caminos de futuro

El arzobispo de Mendoza, mons. José María Arancibia, pidió que la víspera de los 30 años del golpe militar de 1976 en Argentina, fuera en el marco de la Cuaresma, en «una jornada especial de oración, recuerdo de las víctimas y purificación de la memoria». «La historia es siempre maestra de vida. ¡Ojalá tengamos sencillez de corazón, libertad interior y magnanimidad para aprender de ella!», dice el prelado en un comunicado en el que insta a «recordar para sanar, y abrir caminos de futuro» y a releer el último documento del Episcopado, que según revela el fue uno de los redactores. Tras considerar que aquel hecho del 24 de marzo «evoca uno de los periodos más violentos y oscuros de nuestra historia nacional, caracterizado por un frío desprecio por la vida y aberrantes violaciones a los derechos humanos», considera que mirado a la distancia, lo que se agitaba en el corazón de la sociedad argentina de entonces (antes y después del golpe) resulta difícil de comprender desde interpretaciones parciales. La reflexión del Episcopado expresa «una mirada pastoral sobre la realidad argentina. No pretende suplir ni la acción de la justicia, ni el examen histórico riguroso de los hechos y su significado. Busca, ante todo, dejarnos interpelar por Dios que nos habla desde los mismos acontecimientos de nuestra historia». «Estos hechos del pasado, que nos hablan de enormes faltas contra la vida y la dignidad humana, y del desprecio por la ley y las instituciones, son una ocasión propicia para que los argentinos nos arrepiñamos una vez más de nuestros errores y para asimilar, en la construcción del presente, el aprendizaje que nos brinda nuestra historia», dice al recordar otro documento de los obispos. Mons. Arancibia asegu

ra que «Es peligroso para el futuro del País hacer lecturas parciales de la historia. Desde el presente, y sobre la base de la verdad y la justicia, debemos asumir y sanar nuestro pasado'. Recordar para sanar, para abrir caminos de futuro» *ZENIT.org.-*

Esperanza de PAZ

El 22 de marzo obispos vascos hicieron pública una carta tras el anuncio de un alto al fuego permanente anunciado por ETA. En la misma expresan que «hemos recibido con verdadera esperanza la noticia del alto el fuego permanente anunciado por ETA. En la medida en que este anuncio vaya a suponer una renuncia definitiva a la violencia, experimentamos junto con nuestra sociedad una sensación de alivio y una expectativa de que éste pueda ser un paso importante en el camino hacia una plena pacificación y reconciliación de nuestra sociedad». Mas adelante puntualizan, «Junto a muchos cristianos, como pastores de la Iglesia, hemos participado entre otros ciudadanos, en el trabajo por la paz. Seguiremos haciéndolo desde la convicción de que: "La paz se presenta de un modo nuevo... como convivencia de todos los ciudadanos en una sociedad gobernada por la justicia, en la cual se realiza en lo posible, además, el bien para cada uno." Por último hacen una petición e invitación a todos los creyentes "a orar por la paz y a tomar parte activa en la plena pacificación y reconciliación de nuestro pueblo, movidos por nuestra fe en un Dios Padre de todos. Habremos de sembrar con delicadeza y paciencia en todos los ambientes la experiencia liberadora del perdón solicitado, ofrecido y recibido". *ZENIT.org.-*

Respeto en los MCS

Con «Manifiesto por el respeto de la mujer en los medios de comunicación» concluyó el 30 de marzo el congreso «Mujer y medios de comunicación», celebrado en la Universidad Europea de Roma. La iniciativa, organizada por el Instituto de Estudios Superiores sobre la Mujer del Ateneo Pontificio «Regina Apostolorum», congregó a comunicadores y expertos de varios continentes que han sintetizado en este manifiesto sus conclusiones: 1. Defendemos y promovemos una imagen respetuosa de la identidad de la mujer y de la dignidad de la condición femenina en los medios de comunicación. 2. Combatimos el abuso de la imagen femenina como instrumento publicitario o consumista. 3. Promovemos una información correcta y verdadera sobre los problemas que afectan al mundo femenino. 4. Nos comprometemos a evitar tonos sensacionalistas y rechazamos hacer un espectáculo de la información. 5. Defendemos el papel de la mujer como responsable junto al hombre en la edificación y en el desarrollo de la sociedad. 6. Promovemos una cultura de la libertad y de la paz que respete la aportación del genio femenino en la humanización de la sociedad. 7. Defendemos y promovemos el papel insustituible de la mujer como educadora de la sociedad en la defensa de los valores más auténticamente humanos, como el amor, el respeto, la dignidad en el sufrimiento y en la debilidad, la tolerancia. 8. Defendemos y promovemos la presencia activa de la mujer en la vida pública y en el mundo del trabajo. 9. Promovemos la dignidad de la mujer y su igualdad de derechos con respecto al hombre. 10. Nos comprometemos a desempeñar responsablemente una función de información y sensibiliza-

ción detectando, documentando y denunciando las situaciones y las prácticas que limitan la libertad y violan los derechos de las mujeres y de las niñas. *ZENIT.org.-*

Principios innegociables

Hay tres principios que son innegociables para la Iglesia y los cristianos en la vida pública, explicó Benedicto XVI a unos quinientos parlamentarios del Partido Popular Europeo, que han celebrado en Roma su congreso continental. En su discurso, con el que respondió a las palabras de saludo del presidente del grupo parlamentario, Hans-Gert Poettering, el Santo Padre comenzó reivindicando el derecho de los representantes religiosos a expresar sus principios en una sociedad democrática. «Cuando las Iglesias o las comunidades eclesiales intervienen en el debate público, expresando reservas o recordando principios, no están manifestando formas de intolerancia o interferencia, pues estas intervenciones buscan únicamente iluminar las conciencias, para que las personas puedan actuar libremente y con responsabilidad, según las auténticas exigencias de la justicia, aunque esto pueda entrar en conflicto con situaciones de poder y de interés personal», aclaró. Con la claridad de un profesor, enunció estos principios de este modo: *protección de la vida en todas sus fases, desde el primer momento de su concepción hasta su muerte natural; reconocimiento y promoción de la estructura natural de la familia, como una unión entre un hombre y una mujer basada en el matrimonio, y su defensa ante los intentos de hacer que sea jurídicamente equivalente a formas radicalmente diferentes de unión que en realidad la dañan y contribuyen a su desestabilización, oscureciendo su carácter particular y su papel social insustituible; la protección del derecho de los padres a educar a sus hijos*. Siguió aclarando que «estos principios no son verdades de fe», pues «aunque queden iluminados y confirmados por fe;

están inscritos en la naturaleza humana, y por lo tanto son comunes a toda la humanidad». «La defensa de estos aspectos fundamentales de la dignidad humana, concluyó, no sólo debería ser realizada por la Iglesia, es aún más necesaria en la medida en que estos principios son negados o malentendidos, pues de este modo se comete una ofensa a la verdad de la persona humana, una grave herida provocada a la justicia misma». *ZENIT.org.-*

Película sobre Juan Pablo II

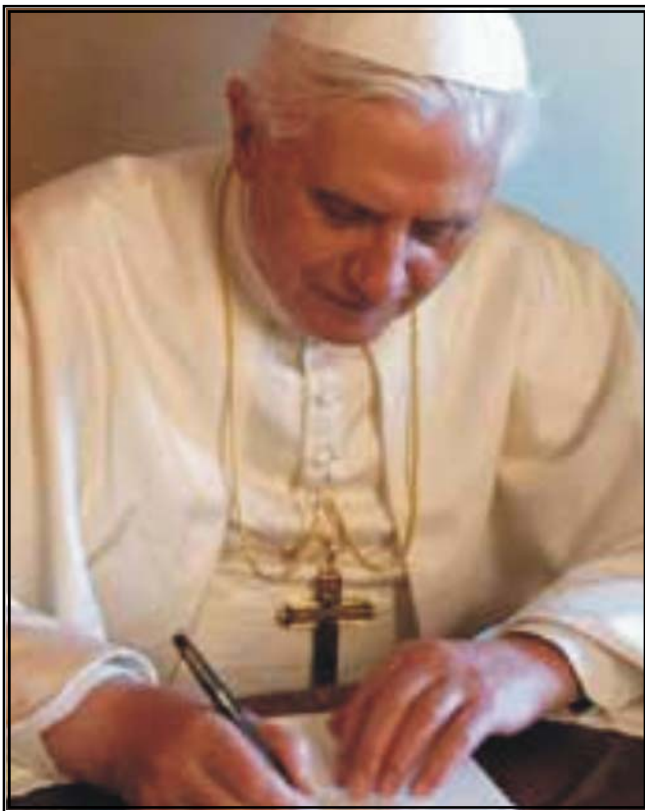
Ni Benedicto XVI ni las seis mil personas que vieron en la tarde del 30 de marzo la proyección de la película «**Karol, un Papa que siguió siendo hombre**», pudieron contener la emoción, y durante ocho minutos aplaudieron al terminar la presentación. La película, que se basa en el guión del escritor y periodista Gian Franco Svidercoschi, ha sido dirigida por Giacomo Battiato. El papel de Karol Wojtyla es representado por el actor polaco Piotr Adamczyk. La producción ha corrido a cargo de las italianas Taodue y Mediasset. El filme, presentado en el Aula Pablo VI del Vaticano, constituye la segunda parte de la película «Karol, un hombre que se convirtió en Papa». Comienza con la elección de Karol Wojtyla como obispo de Roma y abarca el transcurso del tercer pontificado más largo de la historia en tres horas (que en televisión se transmitirán en dos sesiones). El Papa tras la proyección constató: «Hemos vuelto a escuchar el llamamiento inicial de su pontificado que tantas veces resonó en el curso de los años: "¡Abrid las puertas a Cristo!, ¡No tengáis miedo!". «Las imágenes nos han mostrado a un Papa sumergido en el contacto con Dios y por eso siempre sensible a las esperanzas del ser humano». *ZENIT.org.-*



Tarde te amé, hermosura tan antigua
y tan nueva, tarde te amé.
Tu estabas dentro
y yo te buscaba fuera.
San Agustín

Suplemento Especial

Carta Encíclica
“DEUS CARITAS EST”



DEL SUMO PONTÍFICE
BENEDICTO XVI

A LOS OBISPOS
A LOS PRESBITEROS Y DIACONOS
A LAS PERSONAS CONSAGRADAS
Y A TODOS LOS FIELES LAICOS
SOBRE EL AMOR CRISTIANO

INTRODUCCIÓN

1. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la Primera carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: « Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él ».

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: « Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna » (cf. 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del Libro del Deuteronomio que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: « Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas » (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: « Amarás a tu prójimo como a ti mismo » (19, 18; cf. Mc 12, 29- 31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro.

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás. Quedan así delineadas las dos grandes partes de esta Carta, íntimamente relacionadas entre sí. La primera tendrá un carácter más especulativo, puesto que en ella quisiera precisar —al comienzo de mi pontificado— algunos puntos esenciales sobre el amor que Dios, de manera misteriosa y gratuita, ofrece al hombre y, a la vez, la relación intrínseca de dicho amor con la realidad del amor humano. La segunda parte tendrá una índole más concreta, pues tratará de cómo cumplir de manera eclesial el mandamiento del amor al prójimo. El argumento es sumamente amplio; sin embargo, el propósito de la Encíclica no es ofrecer un tratado exhaustivo. Mi deseo es insistir sobre algunos elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino.

PRIMERA PARTE

**LA UNIDAD DEL AMOR
EN LA CREACIÓN
Y EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN**

Un problema de lenguaje

2. El amor de Dios por nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros. A este respecto, nos encontramos de entrada ante un problema de lenguaje. El término « amor » se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes. Aunque el tema de esta Encíclica se concentra en la cuestión de la comprensión y la praxis del amor en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, no podemos hacer caso omiso del significado que tiene este vocablo en las diversas culturas y en el lenguaje actual.

En primer lugar, recordemos el vasto campo semántico de la palabra « amor »: se habla de amor a la patria, de amor por la profesión o el trabajo, de amor entre amigos, entre padres e hijos, entre hermanos y familiares, del amor al prójimo y del amor a Dios. Sin embargo, en toda esta multiplicidad de significados destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor. Se plantea, entonces, la pregunta: todas estas formas de amor ¿se unifican al final, de algún modo, a pesar de la diversidad de sus manifestaciones, siendo en último término uno solo, o se trata más bien de una misma palabra que utilizamos para indicar realidades totalmente diferentes?

«Eros» y «agapé», diferencia y unidad

3. Los antiguos griegos dieron el nombre de eros al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano. Digamos de antemano que el Antiguo Testamento griego usa sólo dos veces la palabra eros, mientras que el Nuevo Testamento nunca la emplea: de los tres términos griegos relativos al amor —eros, philia (amor de amistad) y ágape, los escritos neotestamentarios prefieren este último, que en el lenguaje griego estaba dejado de lado. El amor de amistad (philia), a su vez, es aceptado y profundizado en el Evangelio de Juan para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos. Este relegar la palabra eros, junto con la nueva concepción del amor que se expresa con la palabra ágape, denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo, precisamente en su modo de entender el amor. En la crítica al cristianismo que se ha desarrollado con creciente radicalismo a partir de la Ilustración, esta novedad ha sido valorada de modo absolutamente negativo. El cristianismo, según Friedrich Nietzsche, habría dado de beber al eros un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio.[1] El filósofo alemán expresó de este modo una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregonar algo de lo divino?

4. Pero, ¿es realmente así? El cristianismo, ¿ha destruido verdaderamente el eros? Recordemos el mundo precristiano. Los griegos —sin duda análogamente a otras cul-

turas— consideraban el eros ante todo como un arrebató, una « locura divina » que prevalece sobre la razón, que arranca al hombre de la limitación de su existencia y, en este quedar estremecido por una potencia divina, le hace experimentar la dicha más alta. De este modo, todas las demás potencias entre cielo y tierra parecen de segunda importancia: « Omnia vincit amor », dice Virgilio en las Bucólicas —el amor todo lo vence—, y añade: « et nos cedamus amori », rindámonos también nosotros al amor. [2] En el campo de las religiones, esta actitud se ha plasmado en los cultos de la fertilidad, entre los que se encuentra la prostitución « sagrada » que se daba en muchos templos. El eros se celebraba, pues, como fuerza divina, como comunión con la divinidad.

A esta forma de religión que, como una fuerte tentación, contrasta con la fe en el único Dios, el Antiguo Testamento se opuso con máxima firmeza, combatiéndola como perversión de la religiosidad. No obstante, en modo alguno rechazó con ello el eros como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del eros que se produce en esos casos lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza. En efecto, las prostitutas que en el templo debían proporcionar el arrobamiento de lo divino, no son tratadas como seres humanos y personas, sino que sirven sólo como instrumentos para suscitar la « locura divina »: en realidad, no son diosas, sino personas humanas de las que se abusa. Por eso, el eros ebrio e indisciplinado no es elevación, « éxtasis » hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el eros necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregonar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser.

5. En estas rápidas consideraciones sobre el concepto de eros en la historia y en la actualidad sobresalen claramente dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinidad, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni « envenenarlo », sino sanarlo para que alcance su verdadera grandeza.

Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza. El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: « ¡Oh Alma! ». Y Descartes replicó: « ¡Oh Carne! ». [3] Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor —el eros— puede madurar hasta su verdadera grandeza.

Hoy se reprocha a veces al cristianismo del pasado haber sido adversario de la corporeidad y, de hecho, siempre se han dado tendencias de este tipo. Pero el modo de exaltar el cuerpo que hoy constatamos resulta engañoso. El eros, degradado a puro « sexo », se convierte en mercancía, en simple « objeto » que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía. En realidad, éste no es

propriadamente el gran sí del hombre a su cuerpo. Por el contrario, de este modo considera el cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador. Una parte, además, que no aprecia como ámbito de su libertad, sino como algo que, a su manera, intenta convertir en agradable e inocuo a la vez. En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, que ya no está integrado en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, ni es expresión viva de la totalidad de nuestro ser, sino que es relegado a lo puramente biológico. La aparente exaltación del cuerpo puede convertirse muy pronto en odio a la corporeidad. La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetran recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza. Ciertamente, el eros quiere remontarnos « en éxtasis » hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación.

6. ¿Cómo hemos de describir concretamente este camino de elevación y purificación? ¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Una primera indicación importante podemos encontrarla en uno de los libros del Antiguo Testamento bien conocido por los místicos, el Cantar de los Cantares. Según la interpretación hoy predominante, las poesías contenidas en este libro son originariamente cantos de amor, escritos quizás para una fiesta nupcial israelita, en la que se debía exaltar el amor conyugal. En este contexto, es muy instructivo que a lo largo del libro se encuentren dos términos diferentes para indicar el « amor ». Primero, la palabra « dodim », un plural que expresa el amor todavía inseguro, en un estado de búsqueda indeterminada. Esta palabra es reemplazada después por el término « ahábá », que la traducción griega del Antiguo Testamento denomina, con un vocablo de fonética similar, « agapé », el cual, como hemos visto, se convirtió en la expresión característica para la concepción bíblica del amor. En oposición al amor indeterminado y aún en búsqueda, este vocablo expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca.

El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad —sólo esta persona—, y en el sentido del « para siempre ». El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es « éxtasis », pero no en el sentido de arrebato momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: « El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará » (Lc 17, 33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cf. Mt 10, 39; 16, 25; Mc 8, 35; Lc 9, 24; Jn 12, 25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante. Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general.

7. Nuestras reflexiones sobre la esencia del amor, inicialmente bastante filosóficas, nos han llevado por su propio dinamismo hasta la fe bíblica. Al comienzo se ha planteado la cuestión de si, bajo los significados de la palabra amor, diferentes e incluso opuestos, subyace alguna unidad profunda o, por el contrario, han de permanecer separados, uno paralelo al otro. Pero, sobre todo, ha surgido la cuestión de si el mensaje sobre el amor que nos han transmitido la Biblia y la Tradición de la Iglesia tiene algo que ver con la común experiencia humana del amor, o más bien se opone a ella. A este propósito, nos hemos encontrado con las dos palabras fundamentales: eros como término para el amor « mundano » y ágape como denominación del amor fundado en la fe y plasmado por ella. Con frecuencia, ambas se contraponen, una como amor « ascendente », y como amor « descendente » la otra. Hay otras clasificaciones afines, como por ejemplo, la distinción entre amor posesivo y amor oblativo (amor concupiscentiae – amor benevolentiae), al que a veces se añade también el amor que tiende al propio provecho.

A menudo, en el debate filosófico y teológico, estas distinciones se han radicalizado hasta el punto de contraponerse entre sí: lo típicamente cristiano sería el amor descendente, oblativo, el ágape precisamente; la cultura no cristiana, por el contrario, sobre todo la griega, se caracterizaría por el amor ascendente, vehemente y posesivo, es decir, el eros. Si se llevara al extremo este antagonismo, la esencia del cristianismo quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, que tal vez podría considerarse admirable, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana. En realidad, eros y ágape —amor ascendente y amor descendente— nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general. Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente —fascinación por la gran promesa de felicidad—, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará « ser para » el otro. Así, el momento del ágape se inserta en el eros inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto —como nos dice el Señor— que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. Jn 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. Jn 19, 34).

En la narración de la escalera de Jacob, los Padres han visto simbolizada de varias maneras esta relación inseparable entre ascenso y descenso, entre el eros que busca a Dios y el agapé que transmite el don recibido. En este texto bíblico se relata cómo el patriarca Jacob, en sueños, vio una escalera apoyada en la piedra que le servía de cabezal, que llegaba hasta el cielo y por la cual subían y bajaban los ángeles de Dios (cf. Gn 28, 12; Jn 1, 51). Impresiona particularmente la interpretación que da el Papa Gregorio Magno de esta visión en su Regla pastoral. El pastor bueno, dice, debe estar anclado en la contemplación. En efecto, sólo de este modo le será posible captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas: « per pietatis viscera in se infirmitatem caeterorum transferant ». [4] En este contexto, san Gregorio menciona a san Pablo, que fue arrebatado hasta el tercer cielo, hasta los más grandes misterios de Dios y, precisamente por eso, al descender, es capaz de hacerse todo para todos (cf. 2 Co 12, 2-4; 1 Co 9, 22). También pone el ejemplo de

Moisés, que entra y sale del tabernáculo, en diálogo con Dios, para poder de este modo, partiendo de Él, estar a disposición de su pueblo. « Dentro [del tabernáculo] se extasia en la contemplación, fuera [del tabernáculo] se ve apremiado por los asuntos de los afligidos: intus contemplationem rapitur, foris infirmantium negotiis urgetur ». [5]

8. Hemos encontrado, pues, una primera respuesta, todavía más bien genérica, a las dos preguntas formuladas antes: en el fondo, el « amor » es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra puede destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor. También hemos visto sintéticamente que la fe bíblica no construye un mundo paralelo o contrapuesto al fenómeno humano originario del amor, sino que asume a todo el hombre, interviniendo en su búsqueda de amor para purificarla, abriéndole al mismo tiempo nuevas dimensiones. Esta novedad de la fe bíblica se manifiesta sobre todo en dos puntos que merecen ser subrayados: la imagen de Dios y la imagen del hombre.

La novedad de la fe bíblica

9. Ante todo, está la nueva imagen de Dios. En las culturas que circundan el mundo de la Biblia, la imagen de dios y de los dioses, al fin y al cabo, queda poco clara y es contradictoria en sí misma. En el camino de la fe bíblica, por el contrario, resulta cada vez más claro y unívoco lo que se resume en las palabras de la oración fundamental de Israel, la Shema: « Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno » (Dt 6, 4). Existe un solo Dios, que es el Creador del cielo y de la tierra y, por tanto, también es el Dios de todos los hombres. En esta puntualización hay dos elementos singulares: que realmente todos los otros dioses no son Dios y que toda la realidad en la que vivimos se remite a Dios, es creación suya. Ciertamente, la idea de una creación existe también en otros lugares, pero sólo aquí queda absolutamente claro que no se trata de un dios cualquiera, sino que el único Dios verdadero, Él mismo, es el autor de toda la realidad; ésta proviene del poder de su Palabra creadora. Lo cual significa que estima a esta criatura, precisamente porque ha sido Él quien la ha querido, quien la ha « hecho ». Y así se pone de manifiesto el segundo elemento importante: este Dios ama al hombre. La potencia divina a la cual Aristóteles, en la cumbre de la filosofía griega, trató de llegar a través de la reflexión, es ciertamente objeto de deseo y amor por parte de todo ser —como realidad amada, esta divinidad mueve el mundo[6]—, pero ella misma no necesita nada y no ama, sólo es amada. El Dios único en el que cree Israel, sin embargo, ama personalmente. Su amor, además, es un amor de predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar precisamente de este modo a toda la humanidad. Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como eros que, no obstante, es también totalmente ágape.[7]

Los profetas Oseas y Ezequiel, sobre todo, han descrito esta pasión de Dios por su pueblo con imágenes eróticas audaces. La relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio; por consiguiente, la idolatría es adulterio y prostitución. Con eso se alude concretamente —como hemos visto— a los ritos de la fertilidad con su abuso del eros, pero al mismo tiempo se describe la relación de fidelidad entre Israel y su Dios. La historia de amor de Dios con Israel consiste, en el fondo, en que Él le da la Torah, es decir, abre los ojos de Israel sobre la verdadera naturaleza del hombre y le indica el camino del verdadero humanismo. Esta historia consiste en que el hombre, viviendo en fidelidad al único Dios, se experimenta a sí mismo

como quien es amado por Dios y descubre la alegría en la verdad y en la justicia; la alegría en Dios que se convierte en su felicidad esencial: « ¿No te tengo a ti en el cielo?; y contigo, ¿qué me importa la tierra?... Para mí lo bueno es estar junto a Dios » (Sal 73 [72], 25. 28).

10. El eros de Dios para con el hombre, como hemos dicho, es a la vez ágape. No sólo porque se da del todo gratuitamente, sin ningún mérito anterior, sino también porque es amor que perdona. Oseas, de modo particular, nos muestra la dimensión del ágape en el amor de Dios por el hombre, que va mucho más allá de la gratuidad. Israel ha cometido « adulterio », ha roto la Alianza; Dios debería juzgarlo y repudiarlo. Pero precisamente en esto se revela que Dios es Dios y no hombre: « ¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel?... Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím; que yo soy Dios y no hombre, santo en medio de ti » (Os 11, 8-9). El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor.

El aspecto filosófico e histórico-religioso que se ha de subrayar en esta visión de la Biblia es que, por un lado, nos encontramos ante una imagen estrictamente metafísica de Dios: Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas —el Logos, la razón primordial— es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor. Así, el eros es sumamente ennoblecido, pero también tan purificado que se funde con el ágape. Por eso podemos comprender que la recepción del Cantar de los Cantares en el canon de la Sagrada Escritura se haya justificado muy pronto, porque el sentido de sus cantos de amor describen en el fondo la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios. De este modo, tanto en la literatura cristiana como en la judía, el Cantar de los Cantares se ha convertido en una fuente de conocimiento y de experiencia mística, en la cual se expresa la esencia de la fe bíblica: se da ciertamente una unificación del hombre con Dios —sueño originario del hombre—, pero esta unificación no es un fundirse juntos, un hundirse en el océano anónimo del Divino; es una unidad que crea amor, en la que ambos —Dios y el hombre— siguen siendo ellos mismos y, sin embargo, se convierten en una sola cosa: « El que se une al Señor, es un espíritu con él », dice san Pablo (1 Co 6, 17).

11. La primera novedad de la fe bíblica, como hemos visto, consiste en la imagen de Dios; la segunda, relacionada esencialmente con ella, la encontramos en la imagen del hombre. La narración bíblica de la creación habla de la soledad del primer hombre, Adán, al cual Dios quiere darle una ayuda. Ninguna de las otras criaturas puede ser esa ayuda que el hombre necesita, por más que él haya dado nombre a todas las bestias salvajes y a todos los pájaros, incorporándolos así a su entorno vital. Entonces Dios, de una costilla del hombre, forma a la mujer. Ahora Adán encuentra la ayuda que precisa: « ¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! » (Gn 2, 23). En el trasfondo de esta narración se pueden considerar concepciones como la que aparece también, por ejemplo, en el mito relatado por Platón, según el cual el hombre era originariamente esférico, porque era completo en sí mismo y autosuficiente. Pero, en castigo por su soberbia, fue dividido en dos por Zeus, de manera que ahora anhela siempre su otra mitad y está en camino hacia ella para recobrar su integridad.[8] En la narración bíblica no se habla de castigo; pero sí aparece la idea de que el hombre es de algún modo incompleto, constitutivamente en camino para encontrar en el otro la

parte complementaria para su integridad, es decir, la idea de que sólo en la comunión con el otro sexo puede considerarse « completo ». Así, pues, el pasaje bíblico concluye con una profecía sobre Adán: « Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne » (Gn 2, 24).

En esta profecía hay dos aspectos importantes: el *eros* está como enraizado en la naturaleza misma del hombre; Adán se pone a buscar y « abandona a su padre y a su madre » para unirse a su mujer; sólo ambos conjuntamente representan a la humanidad completa, se convierten en « una sola carne ». No menor importancia reviste el segundo aspecto: en una perspectiva fundada en la creación, el *eros* orienta al hombre hacia el matrimonio, un vínculo marcado por su carácter único y definitivo; así, y sólo así, se realiza su destino íntimo. A la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monógamo. El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano. Esta estrecha relación entre *eros* y matrimonio que presenta la Biblia no tiene prácticamente paralelo alguno en la literatura fuera de ella.

Jesucristo, el amor de Dios encarnado

12. Aunque hasta ahora hemos hablado principalmente del Antiguo Testamento, ya se ha dejado entrever la íntima compenetración de los dos Testamentos como única Escritura de la fe cristiana. La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito. Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido inaudita, de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la « oveja perdida », la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: « Dios es amor » (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

13. Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf. Jn 6, 31-33). Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre —aquello por lo que el hombre vive— era el Logos, la sabiduría eterna, ahora este Logos se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre. La « mística » del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros,

tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar.

14. Pero ahora se ha de prestar atención a otro aspecto: la « mística » del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: « El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan », dice san Pablo (1 Co 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos « un cuerpo », aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el ágape se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el ágape de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor. El paso desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y ethos se compenetran recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el agapé de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el « culto » mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa —como hemos de considerar más detalladamente aún—, el « mandamiento » del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser « mandado » porque antes es dado.

15. Las grandes parábolas de Jesús han de entenderse también a partir de este principio. El rico epulón (cf. Lc 16, 19-31) suplica desde el lugar de los condenados que se advierta a sus hermanos de lo que sucede a quien ha ignorado frívolamente al pobre necesitado. Jesús, por decirlo así, acoge este grito de ayuda y se hace eco de él para ponernos en guardia, para hacernos volver al recto camino. La parábola del buen Samaritano (cf. Lc 10, 25-37) nos lleva sobre todo a dos aclaraciones importantes. Mientras el concepto de « prójimo » hasta entonces se refería esencialmente a los conciudadanos y a los extranjeros que se establecían en la tierra de Israel, y por tanto a la comunidad compacta de un país o de un pueblo, ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora. La Iglesia tiene siempre el deber de interpretar cada vez esta relación entre lejanía y proximidad, con vistas a la vida práctica de sus miembros. En fin, se ha de recordar de modo particular la gran parábola del Juicio final (cf. Mt 25, 31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. « Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis » (Mt 25, 40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.

Amor a Dios y amor al prójimo

16. Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo: ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. La Escritura parece respaldar la primera objeción cuando afirma: « Si alguno dice: “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve » (1 Jn 4, 20). Pero este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la Primera carta de Juan apenas citada, el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.

17. En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada Carta de Juan (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues « Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él » (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este « antes » de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el *eros* llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro en-

tendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por « concluido » y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*, [9] querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío.[10] Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. Sal 73 [72], 23-28).

18. De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la Primera carta de Juan. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo « piadoso » y cumplir con mis « deberes religiosos », se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación « correcta », pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los Santos —pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta— han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un « mandamiento » externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es « divino » porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea « todo para todos » (cf. 1 Co 15, 28).

SEGUNDA PARTE

CARITAS

EL EJERCICIO DEL AMOR POR PARTE DE LA IGLESIA COMO « COMUNIDAD DE AMOR »

La caridad de la Iglesia como manifestación del amor trinitario

19. « Ves la Trinidad si ves el amor », escribió san Agustín.[11] En las reflexiones precedentes hemos podido fijar nuestra mirada sobre el Traspasado (cf. Jn 19, 37; Za 12, 10), reconociendo el designio del Padre que, movido por el amor (cf. Jn 3, 16), ha enviado el Hijo unigénito al mundo para redimir al hombre. Al morir en la cruz —como narra el evangelista—, Jesús « entregó el espíritu » (cf. Jn 19, 30), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (cf. Jn 20, 22). Se cumpliría así la promesa de los « torrentes de agua viva » que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (cf. Jn 7, 38-39). En efecto, el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (cf. Jn 13, 1-13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (cf. Jn 13, 1; 15, 13).

El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres. Es este aspecto, este servicio de la caridad, al que deseo referirme en esta parte de la Encíclica.

La caridad como tarea de la Iglesia

20. El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado. La Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos: « Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno » (Hch 2, 44-45). Lucas nos relata esto relacionándolo con una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la « enseñanza de los Apóstoles », a la « comunión » (koinonía), a la « fracción del pan » y a la « oración » (cf. Hch 2, 42). La « comunión » (koinonía), mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (cf. también Hch 4, 32-37). A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comu-

nidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa.

21. Un paso decisivo en la difícil búsqueda de soluciones para realizar este principio eclesial fundamental se puede ver en la elección de los siete varones, que fue el principio del ministerio diaconal (cf. Hch 6, 5-6). En efecto, en la Iglesia de los primeros momentos, se había producido una disparidad en el suministro cotidiano a las viudas entre la parte de lengua hebrea y la de lengua griega. Los Apóstoles, a los que estaba encomendado sobre todo « la oración » (Eucaristía y Liturgia) y el « servicio de la Palabra », se sintieron excesivamente cargados con el « servicio de la mesa »; decidieron, pues, reservar para sí su oficio principal y crear para el otro, también necesario en la Iglesia, un grupo de siete personas. Pero este grupo tampoco debía limitarse a un servicio meramente técnico de distribución: debían ser hombres « llenos de Espíritu y de sabiduría » (cf. Hch 6, 1-6). Lo cual significa que el servicio social que desempeñaban era absolutamente concreto, pero sin duda también espiritual al mismo tiempo; por tanto, era un verdadero oficio espiritual el suyo, que realizaba un cometido esencial de la Iglesia, precisamente el del amor bien ordenado al prójimo. Con la formación de este grupo de los Siete, la « diaconía » —el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico— quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma.

22. Con el paso de los años y la difusión progresiva de la Iglesia, el ejercicio de la caridad se confirmó como uno de sus ámbitos esenciales, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra: practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio. La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra. Para demostrarlo, basten algunas referencias. El mártir Justino († ca. 155), en el contexto de la celebración dominical de los cristianos, describe también su actividad caritativa, unida con la Eucaristía misma. Los que poseen, según sus posibilidades y cada uno cuanto quiere, entregan sus ofrendas al Obispo; éste, con lo recibido, sustenta a los huérfanos, a las viudas y a los que se encuentran en necesidad por enfermedad u otros motivos, así como también a los presos y forasteros.[12] El gran escritor cristiano Tertuliano († después de 220), cuenta cómo la solicitud de los cristianos por los necesitados de cualquier tipo suscitaba el asombro de los paganos.[13] Y cuando Ignacio de Antioquía († ca. 117) llamaba a la Iglesia de Roma como la que « preside en la caridad (agapé) », [14] se puede pensar que con esta definición quería expresar de algún modo también la actividad caritativa concreta.

23. En este contexto, puede ser útil una referencia a las primitivas estructuras jurídicas del servicio de la caridad en la Iglesia. Hacia la mitad del siglo IV, se va formando en Egipto la llamada « diaconía »; es la estructura que en cada monasterio tenía la responsabilidad sobre el conjunto de las actividades asistenciales, el servicio de la caridad precisamente. A partir de esto, se desarrolla en Egipto hasta el siglo VI una corporación con plena capacidad jurídica, a la que las autoridades civiles confían incluso una cantidad de grano para su distribución pública. No sólo cada monasterio, sino también cada diócesis llegó a tener su diaconía, una institución que se desarrolla sucesivamente, tanto en Oriente como en Occidente. El Papa Gregorio Magno († 604) habla de la diaconía de Nápoles; por lo que se refiere a Roma, las diaconías están documentadas a partir del siglo VII y VIII; pero, naturalmente, ya antes, desde los comienzos, la actividad asistencial a los pobres y necesitados, según los principios de la vida cristiana expuestos en los Hechos de los Apóstoles, era parte esencial en la

Iglesia de Roma. Esta función se manifiesta vigorosamente en la figura del diácono Lorenzo († 258). La descripción dramática de su martirio fue conocida ya por san Ambrosio († 397) y, en lo esencial, nos muestra seguramente la auténtica figura de este Santo. A él, como responsable de la asistencia a los pobres de Roma, tras ser apresados sus compañeros y el Papa, se le concedió un cierto tiempo para recoger los tesoros de la Iglesia y entregarlos a las autoridades. Lorenzo distribuyó el dinero disponible a los pobres y luego presentó a éstos a las autoridades como el verdadero tesoro de la Iglesia.[15] Cualquiera que sea la fiabilidad histórica de tales detalles, Lorenzo ha quedado en la memoria de la Iglesia como un gran exponente de la caridad eclesial.

24. Una alusión a la figura del emperador Juliano el Apóstata († 363) puede ilustrar una vez más lo esencial que era para la Iglesia de los primeros siglos la caridad ejercida y organizada. A los seis años, Juliano asistió al asesinato de su padre, de su hermano y de otros parientes a manos de los guardias del palacio imperial; él imputó esta brutalidad —con razón o sin ella— al emperador Constancio, que se tenía por un gran cristiano. Por eso, para él la fe cristiana quedó desacreditada definitivamente. Una vez emperador, decidió restaurar el paganismo, la antigua religión romana, pero también reformarlo, de manera que fuera realmente la fuerza impulsora del imperio. En esta perspectiva, se inspiró ampliamente en el cristianismo. Estableció una jerarquía de metropolitans y sacerdotes. Los sacerdotes debían promover el amor a Dios y al prójimo. Escribía en una de sus cartas [16] que el único aspecto que le impresionaba del cristianismo era la actividad caritativa de la Iglesia. Así pues, un punto determinante para su nuevo paganismo fue dotar a la nueva religión de un sistema paralelo al de la caridad de la Iglesia. Los « Galileos » —así los llamaba— habían logrado con ello su popularidad. Se les debía emular y superar. De este modo, el emperador confirmaba, pues, cómo la caridad era una característica determinante de la comunidad cristiana, de la Iglesia.

25. Llegados a este punto, tomamos de nuestras reflexiones dos datos esenciales:

a) La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia.[17]

b) La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero, al mismo tiempo, la caritas-agapé supera los confines de la Iglesia; la parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado « casualmente » (cf. Lc 10, 31), quienquiera que sea. No obstante, quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad. En este sentido, sigan teniendo valor las palabras de la Carta a los Gálatas: « Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe » (6, 10).

Justicia y caridad

26. Desde el siglo XIX se ha planteado una objeción contra la actividad caritativa de la Iglesia, desarrollada después con insistencia sobre todo por el pensamiento marxista. Los pobres, se dice, no necesitan obras de caridad, sino de justicia. Las obras de caridad

—la limosna— serían en realidad un modo para que los ricos eludan la instauración de la justicia y acallen su conciencia, conservando su propia posición social y despojando a los pobres de sus derechos. En vez de contribuir con obras aisladas de caridad a mantener las condiciones existentes, haría falta crear un orden justo, en el que todos reciban su parte de los bienes del mundo y, por lo tanto, no necesiten ya las obras de caridad. Se debe reconocer que en esta argumentación hay algo de verdad, pero también bastantes errores. Es cierto que una norma fundamental del Estado debe ser perseguir la justicia y que el objetivo de un orden social justo es garantizar a cada uno, respetando el principio de subsidiaridad, su parte de los bienes comunes. Eso es lo que ha subrayado también la doctrina cristiana sobre el Estado y la doctrina social de la Iglesia. La cuestión del orden justo de la colectividad, desde un punto de vista histórico, ha entrado en una nueva fase con la formación de la sociedad industrial en el siglo XIX. El surgir de la industria moderna ha desbaratado las viejas estructuras sociales y, con la masa de los asalariados, ha provocado un cambio radical en la configuración de la sociedad, en la cual la relación entre el capital y el trabajo se ha convertido en la cuestión decisiva, una cuestión que, en estos términos, era desconocida hasta entonces. Desde ese momento, los medios de producción y el capital eran el nuevo poder que, estando en manos de pocos, comportaba para las masas obreras una privación de derechos contra la cual había que rebelarse.

27. Se debe admitir que los representantes de la Iglesia percibieron sólo lentamente que el problema de la estructura justa de la sociedad se planteaba de un modo nuevo. No faltaron pioneros: uno de ellos, por ejemplo, fue el Obispo Ketteler de Maguncia († 1877). Para hacer frente a las necesidades concretas surgieron también círculos, asociaciones, uniones, federaciones y, sobre todo, nuevas Congregaciones religiosas, que en el siglo XIX se dedicaron a combatir la pobreza, las enfermedades y las situaciones de carencia en el campo educativo. En 1891, se interesó también el magisterio pontificio con la Encíclica *Rerum novarum* de León XIII. Siguió con la Encíclica de Pío XI *Quadragesimo anno*, en 1931. En 1961, el beato Papa Juan XXIII publicó la Encíclica *Mater et Magistra*, mientras que Pablo VI, en la Encíclica *Populorum progressio* (1967) y en la Carta apostólica *Octogesima adveniens* (1971), afrontó con insistencia la problemática social que, entre tanto, se había agudizado sobre todo en Latinoamérica. Mi gran predecesor Juan Pablo II nos ha dejado una trilogía de Encíclicas sociales: *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991). Así pues, cotejando situaciones y problemas nuevos cada vez, se ha ido desarrollando una doctrina social católica, que en 2004 ha sido presentada de modo orgánico en el Compendio de la doctrina social de la Iglesia, redactado por el Consejo Pontificio *Iustitia et Pax*. El marxismo había presentado la revolución mundial y su preparación como la panacea para los problemas sociales: mediante la revolución y la consiguiente colectivización de los medios de producción —se afirmaba en dicha doctrina— todo iría repentinamente de modo diferente y mejor. Este sueño se ha desvanecido. En la difícil situación en la que nos encontramos hoy, a causa también de la globalización de la economía, la doctrina social de la Iglesia se ha convertido en una indicación fundamental, que propone orientaciones válidas mucho más allá de sus confines: estas orientaciones —ante el avance del progreso— se han de afrontar en diálogo con todos los que se preocupan seriamente por el hombre y su mundo.

28. Para definir con más precisión la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad, hay que tener en cuenta dos situaciones de hecho:

a) El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones,

dijo una vez Agustín: « Remota itaque iustitia quid sunt regna nisi magna latrocinia? ». [18] Es propio de la estructura fundamental del cristianismo la distinción entre lo que es del César y lo que es de Dios (cf. Mt 22, 21), esto es, entre Estado e Iglesia o, como dice el Concilio Vaticano II, el reconocimiento de la autonomía de las realidades temporales. [19] El Estado no puede imponer la religión, pero tiene que garantizar su libertad y la paz entre los seguidores de las diversas religiones; la Iglesia, como expresión social de la fe cristiana, por su parte, tiene su independencia y vive su forma comunitaria basada en la fe, que el Estado debe respetar. Son dos esferas distintas, pero siempre en relación recíproca.

La justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política. La política es más que una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos: su origen y su meta están precisamente en la justicia, y ésta es de naturaleza ética. Así, pues, el Estado se encuentra inevitablemente de hecho ante la cuestión de cómo realizar la justicia aquí y ahora. Pero esta pregunta presupone otra más radical: ¿qué es la justicia? Éste es un problema que concierne a la razón práctica; pero para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente.

En este punto, política y fe se encuentran. Sin duda, la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón. Pero, al mismo tiempo, es una fuerza purificadora para la razón misma. Al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio. En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica.

La doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano. Y sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales. Esto significa que la construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables.

La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante,

le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien.

b) El amor —caritas— siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo.[20] El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido —cualquier ser humano— necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, un ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive « sólo de pan » (Mt 4, 4; cf. Dt 8, 3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano.

29. De este modo podemos ahora determinar con mayor precisión la relación que existe en la vida de la Iglesia entre el empeño por el orden justo del Estado y la sociedad, por un lado y, por otro, la actividad caritativa organizada. Ya se ha dicho que el establecimiento de estructuras justas no es un cometido inmediato de la Iglesia, sino que pertenece a la esfera de la política, es decir, de la razón autorresponsable. En esto, la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni éstas pueden ser operativas a largo plazo.

El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la « multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común ».[21] La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad.[22] Aunque las manifestaciones de la caridad eclesial nunca pueden confundirse con la actividad del Estado, sigue siendo verdad que la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como « caridad social ».[23]

Las organizaciones caritativas de la Iglesia, sin embargo, son un *opus proprium* suyo, un cometido que le es congenial, en el que ella no coopera colateralmente, sino que actúa como sujeto directamente responsable, haciendo algo que corresponde a su naturaleza. La Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes y, por otro lado, nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor.

Las múltiples estructuras de servicio caritativo en el contexto social actual

30. Antes de intentar definir el perfil específico de la actividad eclesial al servicio del hombre, quisiera considerar ahora la situación general del compromiso por la justicia y el amor en el mundo actual.

a) Los medios de comunicación de masas han como empequeñecido hoy nuestro planeta, acercando rápidamente a hombres y culturas muy diferentes. Si bien este « estar juntos » suscita a veces incomprendiones y tensiones, el hecho de que ahora se conozcan de manera mucho más inmediata las necesidades de los hombres es también una llamada sobre todo a compartir situaciones y dificultades. Vemos cada día lo mucho que se sufre en el mundo a causa de tantas formas de miseria material o espiritual, no obstante los grandes progresos en el campo de la ciencia y de la técnica. Así pues, el momento actual requiere una nueva disponibilidad para socorrer al prójimo necesitado. El Concilio Vaticano II lo ha subrayado con palabras muy claras: « Al ser más rápidos los medios de comunicación, se ha acortado en cierto modo la distancia entre los hombres y todos los habitantes del mundo [...]. La acción caritativa puede y debe abarcar hoy a todos los hombres y todas sus necesidades ».[24]

Por otra parte —y éste es un aspecto provocativo y a la vez estimulante del proceso de globalización—, ahora se puede contar con innumerables medios para prestar ayuda humanitaria a los hermanos y hermanas necesitados, como son los modernos sistemas para la distribución de comida y ropa, así como también para ofrecer alojamiento y acogida. La solicitud por el prójimo, pues, superando los confines de las comunidades nacionales, tiende a extender su horizonte al mundo entero. El Concilio Vaticano II ha hecho notar oportunamente que « entre los signos de nuestro tiempo es digno de mención especial el creciente e inexcusable sentido de solidaridad entre todos los pueblos ».[25] Los organismos del Estado y las asociaciones humanitarias favorecen iniciativas orientadas a este fin, generalmente subsidiadas o desgravaciones fiscales en un caso, o poniendo a disposición considerables recursos, en otro. De este modo, la solidaridad expresada por la sociedad civil supera de manera notable a la realizada por las personas individualmente.

b) En esta situación han surgido numerosas formas nuevas de colaboración entre entidades estatales y eclesiales, que se han demostrado fructíferas. Las entidades eclesiales, con la transparencia en su gestión y la fidelidad al deber de testimoniar el amor, podrán animar cristianamente también a las instituciones civiles, favoreciendo una coordinación mutua que seguramente ayudará a la eficacia del servicio caritativo.[26] También se han formado en este contexto múltiples organizaciones con objetivos caritativos o filantrópicos, que se esfuerzan por lograr soluciones satisfactorias desde el punto de vista humanitario a los problemas sociales y políticos existentes. Un fenómeno importante de nuestro tiempo es el nacimiento y difusión de muchas formas de voluntariado que se hacen cargo de múltiples servicios.[27] A este propósito, quisiera dirigir una palabra especial de aprecio y gratitud a todos los que participan de diversos modos en estas actividades. Esta labor tan difundida es una escuela de vida para los jóvenes, que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no sólo algo, sino a sí mismos. De este modo, frente a la anticultura de la muerte, que se manifiesta por ejemplo en la droga, se contraponen el amor, que no se busca a sí mismo, sino que, precisamente en la disponibilidad a « perderse a sí mismo » (cf. Lc 17, 33 y par.) en favor del otro, se manifiesta como cultura de la vida.

También en la Iglesia católica y en otras Iglesias y Comunidades eclesiales han aparecido nuevas formas de actividad caritativa y otras antiguas han resurgido con renovado impulso. Son formas en las que frecuentemente se logra establecer un acertado nexo entre evangelización y obras de caridad. Deseo corroborar aquí expresamente lo que mi gran predecesor Juan Pablo II dijo en su Encíclica *Sollicitudo rei socialis*,[28] cuando declaró la disponibilidad de la Iglesia católica a colaborar con las organizaciones caritativas de estas Iglesias y Comunidades, puesto que todos nos movemos por la misma motivación fundamental y tenemos los ojos puestos en el mismo objetivo: un verdadero humanismo, que reconoce en el hombre la imagen de Dios y quiere ayudarlo a realizar una vida conforme a esta dignidad. La Encíclica *Ut unum sint* destacó después, una vez más, que para un mejor desarrollo del mundo es necesaria la voz común de los cristianos, su compromiso « para que triunfe el respeto de los derechos y de las necesidades de todos, especialmente de los pobres, los marginados y los indefensos ».[29] Quisiera expresar mi alegría por el hecho de que este deseo haya encontrado amplio eco en numerosas iniciativas en todo el mundo.

El perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia

31. En el fondo, el aumento de organizaciones diversificadas que trabajan en favor del hombre en sus diversas necesidades, se explica por el hecho de que el imperativo del amor al prójimo ha sido grabado por el Creador en la naturaleza misma del hombre. Pero es también un efecto de la presencia del cristianismo en el mundo, que reaviva continuamente y hace eficaz este imperativo, a menudo tan empañado a lo largo de la historia. La mencionada reforma del paganismo intentada por el emperador Juliano el Apóstata, es sólo un testimonio inicial de dicha eficacia. En este sentido, la fuerza del cristianismo se extiende mucho más allá de las fronteras de la fe cristiana. Por tanto, es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?

a) Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Las organizaciones caritativas de la Iglesia, comenzando por Cáritas (diocesana, nacional, internacional), han de hacer lo posible para poner a disposición los medios necesarios y, sobre todo, los hombres y mujeres que desempeñan estos cometidos. Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una « formación del corazón »: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro,

de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5, 6).

b) La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita. Los tiempos modernos, sobre todo desde el siglo XIX, están dominados por una filosofía del progreso con diversas variantes, cuya forma más radical es el marxismo. Una parte de la estrategia marxista es la teoría del empobrecimiento: quien en una situación de poder injusto ayuda al hombre con iniciativas de caridad —afirma— se pone de hecho al servicio de ese sistema injusto, haciéndolo aparecer soportable, al menos hasta cierto punto. Se frena así el potencial revolucionario y, por tanto, se paraliza la insurrección hacia un mundo mejor. De aquí el rechazo y el ataque a la caridad como un sistema conservador del statu quo. En realidad, ésta es una filosofía inhumana. El hombre que vive en el presente es sacrificado al Moloc del futuro, un futuro cuya efectiva realización resulta por lo menos dudosa. La verdad es que no se puede promover la humanización del mundo renunciando, por el momento, a comportarse de manera humana. A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido. El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un « corazón que ve ». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares.

c) Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos.[30] Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuando es tiempo de hablar de Dios y cuando es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe —volviendo a las preguntas de antes— que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Las organizaciones caritativas de la Iglesia tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus propios miembros, de modo que a través de su actuación —así como por su hablar, su silencio, su ejemplo— sean testigos creíbles de Cristo.

Los responsables de la acción caritativa de la Iglesia

32. Finalmente, debemos dirigir nuestra atención a los responsables de la acción caritativa de la Iglesia ya mencionados. En las reflexiones precedentes se ha visto claro que el verdadero sujeto de las diversas organizaciones católicas que desempeñan un servicio de caridad es la Iglesia misma, y eso a todos los niveles, empezando por las parroquias, a través de las Iglesias particulares, hasta llegar a la Iglesia universal. Por

esto fue muy oportuno que mi venerado predecesor Pablo VI instituyera el Consejo Pontificio Cor unum como organismo de la Santa Sede responsable para la orientación y coordinación entre las organizaciones y las actividades caritativas promovidas por la Iglesia católica. Además, es propio de la estructura episcopal de la Iglesia que los obispos, como sucesores de los Apóstoles, tengan en las Iglesias particulares la primera responsabilidad de cumplir, también hoy, el programa expuesto en los Hechos de los Apóstoles (cf. 2, 42-44): la Iglesia, como familia de Dios, debe ser, hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda. Durante el rito de la ordenación episcopal, el acto de consagración propiamente dicho está precedido por algunas preguntas al candidato, en las que se expresan los elementos esenciales de su oficio y se le recuerdan los deberes de su futuro ministerio. En este contexto, el ordenando promete expresamente que será, en nombre del Señor, acogedor y misericordioso para con los más pobres y necesitados de consuelo y ayuda.[31] El Código de Derecho Canónico, en los cánones relativos al ministerio episcopal, no habla expresamente de la caridad como un ámbito específico de la actividad episcopal, sino sólo, de modo general, del deber del Obispo de coordinar las diversas obras de apostolado respetando su propia índole. [32] Recientemente, no obstante, el Directorio para el ministerio pastoral de los obispos ha profundizado más concretamente el deber de la caridad como cometido intrínseco de toda la Iglesia y del Obispo en su diócesis,[33] y ha subrayado que el ejercicio de la caridad es una actividad de la Iglesia como tal y que forma parte esencial de su misión originaria, al igual que el servicio de la Palabra y los Sacramentos.[34]

33. Por lo que se refiere a los colaboradores que desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia, ya se ha dicho lo esencial: no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. Ga 5, 6). Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser lo que se dice en la Segunda carta a los Corintios: « Nos apremia el amor de Cristo » (5, 14). La conciencia de que, en Él, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás. Quien ama a Cristo ama a la Iglesia y quiere que ésta sea cada vez más expresión e instrumento del amor que proviene de Él. El colaborador de toda organización caritativa católica quiere trabajar con la Iglesia y, por tanto, con el Obispo, con el fin de que el amor de Dios se difunda en el mundo. Por su participación en el servicio de amor de la Iglesia, desea ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien a los hombres gratuitamente.

34. La apertura interior a la dimensión católica de la Iglesia ha de predisponer al colaborador a sintonizar con las otras organizaciones en el servicio a las diversas formas de necesidad; pero esto debe hacerse respetando la fisonomía específica del servicio que Cristo pidió a sus discípulos. En su himno a la caridad (cf. 1 Co 13), san Pablo nos enseña que ésta es siempre algo más que una simple actividad: « Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve » (v. 3). Este himno debe ser la Carta Magna de todo el servicio eclesial; en él se resumen todas las reflexiones que he expuesto sobre el amor a lo largo de esta Carta encíclica. La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo. La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en un darme a mí mismo: para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona.

35. Éste es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo —la cruz—, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia. Cuanto más se esfuerza uno por los demás, mejor comprenderá y hará suya la palabra de Cristo: « Somos unos pobres siervos » (Lc 17,10). En efecto, reconoce que no actúa fundándose en una superioridad o mayor capacidad personal, sino porque el Señor le concede este don. A veces, el exceso de necesidades y lo limitado de sus propias actuaciones le harán sentir la tentación del desaliento. Pero, precisamente entonces, le aliviará saber que, en definitiva, él no es más que un instrumento en manos del Señor; se liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo —algo siempre necesario— en primera persona y por sí solo. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio sólo en lo que podemos y hasta que Él nos dé fuerzas. Sin embargo, hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: « Nos apremia el amor de Cristo » (2 Co 5, 14).

36. La experiencia de la inmensa necesidad puede, por un lado, inclinarnos hacia la ideología que pretende realizar ahora lo que, según parece, no consigue el gobierno de Dios sobre el mundo: la solución universal de todos los problemas. Por otro, puede convertirse en una tentación a la inercia ante la impresión de que, en cualquier caso, no se puede hacer nada. En esta situación, el contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para continuar en el camino recto: ni caer en una soberbia que desprecia al hombre y en realidad nada construye, sino que más bien destruye, ni ceder a la resignación, la cual impediría dejarse guiar por el amor y así servir al hombre. La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo. Quien reza no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo. La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello. En su carta para la Cuaresma de 1996 la beata escribía a sus colaboradores laicos: « Nosotros necesitamos esta unión íntima con Dios en nuestra vida cotidiana. Y ¿cómo podemos conseguirla? A través de la oración ».

37. Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?

38. Es cierto que Job puede quejarse ante Dios por el sufrimiento incomprensible y aparentemente injustificable que hay en el mundo. Por eso, en su dolor, dice: «

¡Quién me diera saber encontrarle, poder llegar a su morada!... Sabría las palabras de su réplica, comprendería lo que me dijera. ¿Precisaría gran fuerza para disputar conmigo?... Por eso estoy, ante él, horrorizado, y cuanto más lo pienso, más me espanta. Dios me ha enervado el corazón, el Omnipotente me ha aterrorizado » (23, 3.5-6.15-16). A menudo no se nos da a conocer el motivo por el que Dios frena su brazo en vez de intervenir. Por otra parte, Él tampoco nos impide gritar como Jesús en la cruz: « Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? » (Mt 27, 46). Deberíamos permanecer con esta pregunta ante su rostro, en diálogo orante: « ¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar sin hacer justicia, tú que eres santo y veraz? » (cf. Ap 6, 10). San Agustín da a este sufrimiento nuestro la respuesta de la fe: « Si comprehendis, non est Deus », si lo comprendes, entonces no es Dios.[35] Nuestra protesta no quiere desafiar a Dios, ni insinuar en Él algún error, debilidad o indiferencia. Para el creyente no es posible pensar que Él sea impotente, o bien que « tal vez esté dormido » (1 R 18, 27). Es cierto, más bien, que incluso nuestro grito es, como en la boca de Jesús en la cruz, el modo extremo y más profundo de afirmar nuestra fe en su poder soberano. En efecto, los cristianos siguen creyendo, a pesar de todas las incomprendiones y confusiones del mundo que les rodea, en la « bondad de Dios y su amor al hombre » (Tt 3, 4). Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros.

39. Fe, esperanza y caridad están unidas. La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras. La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica.

CONCLUSIÓN

40. Contemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad. Pienso particularmente en Martín de Tours († 397), que primero fue soldado y después monje y obispo: casi como un icono, muestra el valor insustituible del testimonio individual de la caridad. A las puertas de Amiens compartió su manto con un pobre; durante la noche, Jesús mismo se le apareció en sueños revestido de aquel manto, confirmando la perenne validez de las palabras del Evangelio: « Estuve desnudo y me vestisteis... Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis » (Mt 25, 36. 40). [36] Pero ¡cuántos testimonios más de caridad pueden citarse en la historia de la Iglesia! Particularmente todo el movimiento monástico, desde sus comienzos con san Antonio Abad († 356), muestra un servicio ingente de caridad hacia el prójimo. Al confrontarse « cara a cara » con ese Dios que es Amor, el monje percibe la exigencia apremiante de transformar toda su vida en un servicio al prójimo, además de servir a Dios. Así se explican las grandes estructuras de acogida, hospitalidad y asistencia surgidas junto a los monasterios. Se explican también las innumerables iniciativas de promoción humana y de formación cristiana destinadas especialmente a los más pobres de las que se han hecho cargo las Órdenes monásticas y Mendicantes primero, y después los diversos Institutos religiosos masculinos y femeninos a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Figuras de Santos como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Camilo de Lellis, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, José B. Cottolengo, Juan Bosco, Luis Orione, Teresa de Calcuta — por citar sólo algunos nombres— siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad. Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor.

41. Entre los Santos, sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. El Evangelio de Lucas la muestra atareada en un servicio de caridad a su prima Isabel, con la cual permaneció « unos tres meses » (1, 56) para atenderla durante el embarazo. « Magnificat anima mea Dominum », dice con ocasión de esta visita —« proclama mi alma la grandeza del Señor »— (Lc 1, 46), y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. Lc 1, 38. 48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas. Es una mujer de fe: « ¡Dichosa tú, que has creído! », le dice Isabel (Lc 1, 45). El Magnificat —un retrato de su alma, por decirlo así— está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada. María es, en fin, una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos

de la infancia. Lo vemos en la delicadeza con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y lo hace presente a Jesús. Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cf. Jn 2, 4; 13, 1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cf. Jn 19, 25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14).

42. La vida de los Santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María. La palabra del Crucificado al discípulo —a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: « Ahí tienes a tu madre » (Jn 19, 27)— se hace de nuevo verdadera en cada generación. María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial « del que manarán torrentes de agua viva » (Jn 7, 38). María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. A ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor:

Santa María, Madre de Dios,
tú has dado al mundo la verdadera luz,
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios.
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así en fuente
de la bondad que mana de Él.
Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él.
Enséñanos a conocerlo y amarlo,
para que también nosotros
podamos llegar a ser capaces
de un verdadero amor
y ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento.

Dado en Roma, junto a San Pedro, 25 de diciembre, solemnidad de la Natividad del Señor, del año 2005, primero de mi Pontificado.

Notas

- [1] Cf. *Jenseits von Gut und Böse*, IV, 168.
- [2] X, 69.
- [3] Cf. R. Descartes, *Œuvres*, ed. V. Cousin, vol. 12, Paris, 1824, pp. 95ss.
- [4] II, 5: SCh 381, 196.
- [5] *Ibid.*, 198.
- [6] Cf. *Metafísica*, XII, 7.
- [7] Cf. Pseudo Dionisio Areopagita, *Los nombres de Dios*, IV, 12-14: PG 3, 709-713, donde llama a Dios eros y agapé al mismo tiempo.
- [8] Cf. *El Banquete*, XIV-XV, 189c-192d.
- [9] Salustio, *De coniuratione Catilinae*, XX, 4.
- [10] Cf. San Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11: CCL 27, 32.
- [11] *De Trinitate*, VIII, 8, 12: CCL 50, 287.
- [12] Cf. I Apología, 67: PG 6, 429.
- [13] Cf. *Apologeticum* 39, 7: PL 1, 468.
- [14] *Ep. ad Rom.*, Inscr.: PG 5, 801.
- [15] Cf. San Ambrosio, *De officiis ministrorum*, II, 28, 140: PL 16, 141.
- [16] Cf. *Ep. 83*: J. Bidez, *L'Empereur Julien. Œuvres complètes*, Paris 19602, I, 2a, p. 145.
- [17] Cf. *Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 194: Ciudad del Vaticano, 2004, 210-211.
- [18] *De Civitate Dei*, IV, 4: CCL 47, 102.
- [19] Cf. *Const. past. Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 36.
- [20] Cf. *Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 197: Ciudad del Vaticano, 2004, 213-214.
- [21] Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 42: AAS 81 (1989), 472.
- [22] Cf. *Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública* (24 noviembre 2003), 1: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (24 enero 2004), 6.
- [23] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1939.
- [24] *Decr. Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, 8.
- [25] *Ibid.*, 14.
- [26] Cf. *Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 195: Ciudad del Vaticano, 2004, 212.
- [27] Cf. Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 41: AAS 81 (1989), 470-472.
- [28] Cf. n. 32: AAS 80 (1988), 556.
- [29] N. 43: AAS 87 (1995), 946.
- [30] Cf. *Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 196: Ciudad del Vaticano, 2004, 213.
- [31] Cf. *Pontificale Romanum, De ordinatione episcopi*, 43.
- [32] Cf. can. 394; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 203.
- [33] Cf. nn. 193-198: pp. 209-215.
- [34] Cf. *ibid.*, 194: p. 210.
- [35] *Sermo* 52, 16: PL 38, 360.
- [36] Cf. Sulpicio Severo, *Vita Sancti Martini*, 3, 1-3: SCh 133, 256-258.

